

AGONIA DE LA ESPAÑA INVERTEBRADA

Antonio Fernández Benayas

Antonio Fernández Benayas

Agonía
de la España
invertibrada

e-libro.net

© Primera edición virtual, e-libro.net, mayo de 2000.

ISBN 99934-64-71-6

*Se puede morir sin agonía y se puede vivir,
y muchos años, en ella y de ella.*

Unamuno

*La historia de toda nación es un vasto sistema
de incorporación...
La de su decadencia es la historia
de una vasta desintegración.*

Ortega y Gasset

ÍNDICE

Introducción	7
Primera parte. Ideas y formas de vida en la “aldea global”	9
I. <i>Auri sacra fames</i>	10
II. Supuesto determinismo económico	15
III. ¿Especuladores, rentistas o empresarios?	20
IV. Lucha de clases y conciencia colectiva	23
V. Hijos bastardos del capitalismo	28
VI. El drama del humanismo ateo	33
VII. El milagro de las tecnologías intermedias	38
VIII. ¿Norte contra Sur?	42
IX. Mercado sin fronteras	48
X. El “pan” de todos y para todos	55
Segunda parte. España y los españoles	58
I. Raíces de lo español	59
II. La espada y la cruz	66
III. El hidalgo y el burgués	69
IV. La tentación materialista	72

Tercera parte. Transición y agonía de España	79
I. Los fantasmas del franquismo residual	80
II. Aprendices de caudillo en democracia	82
III. El fracasado invento de los “nuevos valores”	88
IV. Política, dinero y trabajo	96
V. Gigante y anquilosada burocracia	99
VI. La fuerza de la demagogia	104
VII. Frente al cáncer de los particularismos	106
VIII. Criminales proxenetas de la libertad.....	113
IX. Persistente y fecunda agonía	116
Cuarta parte. Luz más luz	120
I. Hombres felices, pueblos felices	121
II. El dinero como herramienta de progreso	124
III. Entre el ocio y el trabajo	126
IV. Necesaria reactivación económica	129
V. Leyes, salarios y productividad	133
VI. Revulsiva financiación de la seguridad social ...	137
VII. Proyección universal de bienes y servicios	142
VIII. Hacia un sugestivo proyecto de acción en común	146
Conclusión. Agónica, pero viva y muy viva aunque invertibrada España	150

INTRODUCCIÓN

Es difícil sostener que la Razón Vital de los pueblos, como la Razón Vital de las personas, carece de proyección histórica, es decir, de lo que se llama sentido trascendente. Al amparo de la discutida pero no desmentida Ley de Finalidad, cabe, más bien lo contrario: si las personas, cada uno de nosotros, es único en relación a todos los demás que nacemos y vivimos para algo muy concreto (el realizar una específica potencialidad) la célula social, de que formamos parte, es una pieza única e irrepetible en el concierto de pueblos y naciones, a su vez, complementarias entre sí hasta cubrir un hueco y prestar un específico colorido al “puzzle” universal. De ahí nace lo que habrá de ser aceptado como “función histórica” de todos y cada uno de los pueblos, cuya más noble acepción es la de prestar la fuerza de la unión a una comunidad de personas comprometidas en la realización de un proyecto que de todos depende y a todos afecta.

La sucesión de generaciones y de avatares históricos, junto con el peculiar aprovechamiento o uso de sus recursos, condiciona la capacidad de acción de los pueblos,

siempre significados por una geografía, una historia y una cultura, siempre a expensas de la voluntariedad de las personas vivas y siempre substancialmente responsables de la sintonía con la realidad del momento y, en consecuencia, del propio progreso o regresión.

¿España? España, nuestra España, tiene una indiscutible “personalidad”: un carácter y una complementariedad específica en el concierto de naciones como lo tiene Alemania, el Japón o Burundí. También tiene, ocioso es recordarlo, su propia historia.

La agonía de España, también la de otra nación que tuviera su historia y posibilidades de proyección universal, se prolonga sin muerte posible en tanto en cuanto revive lo mejor de su origen, asimila lo más realista de la influencia externa y desarrolla dentro de sí misma lo que encuentra que falta y conviene a otras naciones. Eso creemos y pretendemos demostrar en los siguientes capítulos.

PRIMERA PARTE

**IDEAS Y FORMAS DE VIDA
EN LA “ALDEA GLOBAL”**

I. *AURI SACRA FAMES*

“Al renunciar al Mundo, dice Max Weber, el ascetismo cristiano, que, al principio, huía del mundo y se refugiaba en la soledad, había logrado dominar al mundo desde los claustros; pero quedaba intacto su carácter naturalmente despreocupado de la vida en el mundo. Ahora se produce el fenómeno contrario: se lanza al mercado de la vida, cierra las puertas de los claustros y se dedica a impregnar con su método esa vida, a la que transforma en vida racional en el mundo, pero no de este mundo ni para este mundo”.

De ser ello cierto, el “espíritu del capitalismo” tendría un origen ascético, como de sed de trascendencia. Algo así pretendió Calvino con su teoría de la predestinación. Unos pocos privilegiados (“marcados por el dedo de Dios”, dirá Bastiat), seducidos por la “fiebre del oro”, se lanzarán a lo que podríamos llamar “cruzada del acaparamiento”, una especie de “fundamentalismo materialista” cuya dialéctica opulencia-miseria “determinaría” la historia de los últimos siglos hasta dividir a la

sociedad en dos grupos condenados a una irremediable “lucha de clases” (Marx dixit).

Ello no es del todo cierto: entre las mujeres y los hombres de todos los tiempos hacen historia respetabilísimos fenómenos como la libertad, la generosidad, el trabajo... y ya todo el mundo acepta (Marx también en su tiempo) que el Trabajo es la piedra angular de toda la Economía ¿Qué no hará el Trabajo aliado con la Libertad y la Generosidad?

“El que no trabaje que no coma” dijo Pablo de Tarso hace ya más de veinte siglos.

Claro que ésa es una muy dinámica consigna para el buen orden social: el que pueda enseñar, que enseñe, el que haya de organizar que organice sin sentirse superior a nadie... trabajos necesarios para esa infraestructura social en la que todos, a sus respectivos niveles, apliquen voluntad y energías (cabeza y manos) a la humanización de la Tierra, lo que es tanto como universalizar bienes y servicios, de generación en generación.

Esto último logra fácil realidad si el amor al prójimo (la generosidad) es la principal moneda de cambio entre los hombres. Sabemos que no es así. Por ello estamos obligados a reconocer como positiva motivación un afán de lucro que cuente con suficientes trabas para no erigirse en factor de incondicionado acaparamiento. Por el deseo de lograr una paga o contrapartida económica (eso es, simplemente, el afán de lucro) se trabaja y mueve uno por las líneas en que discurre el buen orden social. Cuando no existe contrapartida “tangible” al propio esfuerzo y uno no es lo que se llama un altruista, la vida social languidece y resulta de más en más “improductiva”.

Así nos dicen las crónicas que era la vida social en la Europa feudal de los siglos del V al IX. Pero, entre los siglos X y XIII, ya el afán de lucro campa por sus respe-

tos. Era aquella una economía fundamentalmente agraria que se apoyaba en la “necesidad de compensación” entre lo que falta o sobra a cada familia, clan o grupo social en un clima de mutuo entendimiento más o menos forzado por un lado u otro y a merced de los fenómenos naturales. El sistema de motivaciones para las respectivas responsabilidades dependía muy substancialmente de la “jerarquización feudal”. En situaciones como la feudal, en que las mutuas dependencias están rígidamente reglamentadas, la libertad de iniciativa no puede discurrir más que por caminos de magnanimidad, devoción, paciencia..., virtudes, por desgracia, harto escasas. Decían bien los maestros que, entonces, condicionaban la “realización personal” al ejercicio de la responsabilidad social (“la libertad de un hombre se mide por su grado de participación en el bien común”, dejó escrito Santo Tomás de Aquino). Había de ser ésta una responsabilidad social en todas las direcciones y a partir de la superación de multitud de egoísmos. Pero, por el contrario, lo general de la vida social era una presión (que no responsabilidad social) canalizada por los poderosos de abajo arriba, con soporte principal en la sumisión. Lógicamente, ello neutralizaba el potencial personal de sus súbditos a la par que hacía imposible otra libertad de iniciativa que no fuese la de los privilegiados por cuestión de sangre, rapiña o costumbre.

El nunca muerto afán de lucro, que, recordemos, cumple su función social de dinamizar la estructura productiva a falta de un generalizado espíritu de solidaridad, se expresaba en un comercio semiclandestino y ramplón, de vecino a vecino, sin apreciable proyección exterior y siempre traumatizado por la inseguridad ambiental. En tales circunstancias era lógico que las mentes más “despiertas”, en función de la llamada de las respectivas con-

ciencias, se dedicaran a la doctrina o a la guerra: no había grandes oportunidades para buscar el realce personal en el industrioso tratamiento de los problemas de abundancia y escasez. Para la reactualización del comercio clásico era preciso, a la par que una mayor liberalización de actitudes, una real “destraumatización” de la vida de cada día. A excepción de la Península Ibérica que vive el drama de la “Reconquista”, en la sociedad feudal europea fueron posibles ciertos períodos de paz en la segunda mitad del siglo X. Ya los sarracenos habían sido empujados hacia más acá del Ebro, los normandos se habían estabilizado en el noroeste de Francia, los húngaros, ya medianamente civilizados, habían dejado de hostigar la frontera oriental del Imperio...: gracias a tales substanciales cambios, se vivía una especie de tímida “pax europea” tutelada por los otónidas, en la ocasión titulares del Imperio.

Ya es posible romper el estricto marco de un feudo y recorrer considerables distancias sin tropezar con el invasor de turno o con hordas de criminales.

Es cuando aparece en Europa central un tipo de hombre que, en principio, despierta la conmiseración pública: en contraposición a la segura comodidad que ofrece la rutina diaria, este trotamundos, cargado como una tortuga, está obligado a circular de un dominio a otro, sorteando dificultades de entendimiento, sufriendo al raso las inclemencias del tiempo, los eventuales asaltos en los caminos, las arbitrariedades de los poderosos... las ingratitudes de todos. Pero, pronto, ese trotamundos, que es el primitivo mercader medieval, sabe hacer imprescindible sus servicios y, en contra partida, exige mayor libertad y seguridad en sus desplazamientos, construir en lugares convenientes a su negocio reductos fortificados (“burgos”), expeditivos medios legales para resol-

ver los posibles litigios resultantes de sus operaciones, acceso a la administración pública...

Nace así lo que se ha llamado y llama Burguesía y, con ella, la institucionalización del afán de lucro, aunque capaz de abrir raudales de dormidas energías, progresivamente afanoso por romper convenciones sociales e, incluso, ataduras morales hasta erigirse en motor exclusivo de la vida de algunas personas, esas mismas que sucumben a lo que se llamó “auri sacra fames” (sagrada hambre de oro).

II. SUPUESTO DETERMINISMO ECONÓMICO

La Realidad ha desprestigiado lo que fue visceral pretensión de la llamada Economía Clásica: ser aceptada como ciencia exacta al mismo nivel que la Geometría o la Astrofísica. Es una pretensión a la que aún siguen apuntados no pocos modernos teorizantes y cuantos hacen el juego a los gurús de la Economía Mundial: “todo lo que se relaciona con Oferta y Demanda, absolutamente todo, depende de las Leyes del Mercado”, siguen diciendo.

Pero, afortunadamente, no es así: si J.B. Say, uno de los más citados representantes de la “Economía Clásica” dogmatizó: “La fisiología social es una ciencia tan positiva como la propia fisiología del cuerpo humano” vemos que los comportamientos de las personas, factores básicos de la Economía, responden a más o menos fuertes estímulos, a más o menos evidentes corrientes de Libertad nacidas estrictamente de su particular ego; se resisten, pues, a las reglas matemáticas.

Incluso marginando el papel determinante de la voluntad humana y admitiendo la pretendida “inexorabilidad del Mercado”, a la Teoría Económica le falta pre-

cedente histórico. Recordemos con Morgenstern cómo “el avance decisivo de la física en el siglo XVII, específicamente, en el campo de la Mecánica, solo fue posible por los desarrollos previos en la astronomía. Estaba apoyada por varios milenios de observación sistemática y científica. Nada comparable a esto ha ocurrido en la ciencia económica, en la que, al igual que las teorías de Kepler o Newton nacieron de los trabajos de un Tycho Brahe, se necesitan precursores con la adecuada base matemática (la similar a eso de “dos y dos son cuatro”)”.

Nada exacto espera a mitad ni al final del camino de los teorizantes de la Economía siempre que, tal como ha sucedido desde que el hombre es hombre, éste pueda aplicar su voluntad a modificar el curso de la historia. Ejemplo: una preocupación o un capricho, un fortuito viaje o el encuentro con una necesidad, un inesperado invento o la oportuna aplicación de un fertilizante... le sirven al hombre para romper en mayor o menor medida las “previsiones de producción” dictadas por la Estadística.

Las llamadas tendencias del mercado, aun rigurosamente analizadas, son un supuesto válido como hipótesis de trabajo, nunca un exacto valor de referencia.

Si que pueden y deben ser objeto de apreciación rigurosa factores como la disponibilidad de bienes y servicios, las virtualidades y posibilidades de desarrollo de la Técnica, la viabilidad comercial de todo el aparato productivo, las limitaciones de los mecanismos de poder, el carácter y desarrollo de los factores de estímulo, de compensación y de control, los niveles de formación, el grado de consistencia de los compromisos adquiridos... todos ellos condicionantes de la marcha de la Economía y, consecuentemente, con positiva o negativa incidencia en la creación de puestos de trabajo y subsiguiente riqueza mejor repartida. También todos ellos susceptibles de en-

cauzamiento por parte de la voluntad de los hombres y mujeres, que los “sienten y padecen”.

Reconocido esto, faltan razones para enclaustrar a la voluntad de cada hombre y de cada mujer en cualquier forma de fatalismo histórico: es mentira que se pueda escribir la historia sin el trabajo consciente y comprometido de las personas; también lo es que el lucrativo resultado de una operación especulativa sea muestra de predestinación divina o de “inteligente” ajuste a lo que determina una especie de infalible gran Gurú (Digitus Dei, que diría Bastiat) o lo que hoy se propone como “Cultura del Pelotazo”.

Y, por supuesto, según el inapelable testimonio de tan recientes y elocuentes hechos, es radicalmente falsa esa concepción del mundo y de la historia que con el nombre de “Materialismo Histórico” (también “Materialismo Dialéctico”) ha servido de instrumento a una Burocracia empeñada en masificar conciencias y voluntades.

La Realidad nos muestra implicaciones mutuas entre condicionamientos objetivos y voluntades: ni la voluntad de cualquier hombre o mujer resulta tan poderosa que hayan de estar a su merced las interrelacionadas oscilaciones del Mercado, ni éstas se encuentran rigurosamente protegidas por la coraza de un supuesto determinismo.

La pretensión de aplicar a la Economía el carácter de ciencia exacta nos parece aun más arbitraria cuando discurrimos sobre la obviedad de que no existe ni una conciencia ni una voluntad colectiva (esa rusoniana invención de la “conciencia social superior”): existen millones de conciencias y de voluntades particulares en más que probable desacuerdo sobre la percepción y resolución de los pequeños y grandes problemas que genera

cada momento de la historia de los hombres y de las mujeres que pueblan el ancho mundo.

Esos millones de conciencias y de voluntades son sensibles a muy precisos estímulos y también al poder de convicción o de coacción tanto de elocuentes experiencias como de maestros, líderes y demagogos.

Vistas así las cosas, no caben paliativos a la hora de someter al filtro de un realista análisis no pocas de las muy respetadas suposiciones heredadas de los teorizantes “clásicos”. Por supuesto que las llamadas “leyes económicas” no siguen el dictado de una fuerza ciega: tendrá o no valor ocasional en determinada circunstancia de tiempo y lugar; pero siempre pueden y deben acusar la impronta de la voluntad de las mujeres y de los hombres que las “sufren y padecen”.

Por todo ello, estamos obligados a reconocer que la actual lacra del desempleo (qué dramático despilfarro de energías), en paralelo con las dramáticas carencias de tantos y tantos millones de personas prisioneras del subdesarrollo, no es imputable al fatalismo histórico; es consecuencia de malas políticas o de lo que, sin evasiva alguna, hemos de reconocer un grave desprecio a esa elemental Ley Natural que late en la propia condición humana: tus personales energías han de estar proyectadas hacia tu propia **PLENA REALIZACIÓN** a través de la cobertura de las necesidades de tu prójimo; para ello cuentas con la generosa aportación del medio material en que se desarrolla tu vida, tu pensamiento, tu trabajo y tu muerte.

Tengas dinero o no, pero sí una elemental disponibilidad para el disciplinado esfuerzo físico o mental... serás tú el que, en mayor o menor escala, marque las pautas a la “Ciencia Económica”. Ejemplos: el primer Henri Ford con su saber hacer y probada vocación social revo-

lucionó al Mundo del Automóvil; los genios de la Informática han hecho posible eso que se llama la Tercera Ola (Alvin Toffler) del desarrollo económico y social y que rompe fronteras de países y clases en nuestra convulsa Aldea Global.

Todo ello porque, frente a tanto experimento y teoría sobre “fuerzas ciegas de la Historia” o “irrefrenables tendencias del Mercado”, para bien o para mal, se sitúa el Hombre y su RESPONSABILIDAD PERSONAL. Este ser de excepción, “capaz de reflexionar sobre su propia reflexión”, puede muy bien potenciar esa PROVIDENCIAL INFRAESTRUCTURA en que Naturaleza y Técnica ofrecen todo lo necesario para allanar dificultades hacia un Progreso más realista y más universal.

Y, para todo lo bueno que puede hacerse en la Historia, nada hay más fuerte ni más dependiente de los hombres mismos que la LIBERTAD RESPONSABILIZANTE.

III. ¿ESPECULADORES, RENTISTAS O EMPRESARIOS?

No es en absoluto vergonzante la PROFESIÓN de Empresario; tanto si es titular del Capital como si no, el genuino empresario se siente obligado a trabajar constante y disciplinadamente, codo con codo, con sus colaboradores, los otros trabajadores.

La Empresa nace y se desarrolla a partir de un proyecto de “acción en equipo”: el pionero del proyecto es un empresario empeñado en hacer realidad tanto una idea básica que responda a determinada demanda del Mercado como un compromiso de organización y gestión; le siguen uno o varios capitalistas (incluido, tal vez, el propio empresario) dispuestos a cubrir los gastos de preparación, infraestructura, despegue y mantenimiento; lo alimentan un conjunto más o menos grande de personas que habrán de responsabilizarse de la Producción, Administración, Venta...

Con frecuencia, el capitalista, que no es empresario, permanece en la sombra sin otra preocupación que la rentabilidad de “su dinero”; el empresario o capitalista en funciones de empresario, en muy distinto plano, está obli-

gado a organizar, motivar, controlar... continuamente y sin desmayo y, por supuesto, con las ideas muy claras sobre las particularidades, derechos y obligaciones de cuantos con él colaboran: un empresario, que no se sumerge en la realidad diaria (económica y, sobre todo, humana) de su empresa, deja de ser empresario para convertirse en parásito. Parásitos son muchos dueños de empresa que, preferentemente, cultivan lo que se llama darwinismo social, trampean cuanto pueden y ahogan sus inquietudes, en lujos, güisqui y prostitutas.

Promotores o parásitos de empresa, según y cómo, son los banqueros, brockers, jugadores de Bolsa y rentistas (entre los cuales cabe incluir los “accionistas anónimos”). Si, a nivel personal, son tan egoístas o generosos como cuantos no son ni banqueros, ni brockers, ni jugadores de Bolsa, ni rentistas... en corporación, que es como normalmente actúan, pierden cualquier norte que no sea un estricto “toma y daca” hasta derivar, irremediablemente y si las leyes y el Fisco no lo remedian, en la regresiva “Cultura del Pelotazo”.

El “tener dinero” no es un salvoconducto para el “círculo de los elegidos”, como pretendieran Calvino, Smith, Bastiat, etc. etc... para terminar en algunos españoles con nombre y apellidos, tanto más pobres cuanto más obsesionados han vivido y viven por amontonar las casas que no pueden habitar, las queridas en propiedad colectiva, los yates en que cultivan su aburrimiento, las corrupciones que les empequeñecen hasta el ridículo...

Hemos visto como la “selectiva” PROMOCIÓN DE ESPECULADORES y mentores del dinero fácil y socialmente estéril confluye ostensiblemente hacia cuantos “ven venir las cosas” puesto que gozan de “información privilegiada” y están en situación de alterar tal o cual foco de atracción crematística. Ello cuando, obviamente,

los recursos de una Nación deben ser encauzados hacia la cobertura de las necesidades de cuantos la integran.

Dicho esto y reconocido que, sin libertad, no es posible una mínima optimización de esos recursos, al Poder Político, administrador de tales recursos y garante que debe ser del ejercicio de esas libertades, compete neutralizar y no promocionar la especulación estéril, el acaparamiento abusivo y el despilfarro (criminal por que, normalmente, se alimenta de ahondar las perentorias necesidades de los más débiles).

IV. LUCHA DE CLASES Y CONCIENCIA COLECTIVA

Fue el “burgués” Guizot el primer teorizante de la lucha de clases (choque de dos “conciencias colectivas”), esta vez, entre la Nobleza y la Burguesía “cuya ascensión ha sido gradual y continua y cuyo poder ha de ser definitivo puesto que es una clase animada tanto por el sentido del progreso como por el sentido de la autoridad; son razones que obligan a centrar en los miembros de la burguesía el ejercicio de la libertad política y de la participación en el gobierno” (Guizot). Marx se creará en el derecho de anunciar el definitivo capítulo de la historia de los hombres y su resolución en la utopía materialista final al presentar la continuación de esa “lucha de clases”, esta vez entre la “Burguesía” y el “Proletariado”.

Era Guizot jefe de gobierno francés en los últimos años de la “Monarquía de Julio”, que cayó el 24 de febrero de 1848, el mismo mes en que se publicó el Manifiesto Comunista.

El mundo de la burguesía parisina, que inspiró a Guizot, estaba formado por intermediarios, banqueros y ri-

cos industriales; es un mundo transcrito con fina ironía y cierto sabor rancio por Balzac o Sthendal. En él pululan y lo parasitan las emperifolladas, ociosas y frágiles damiselas o prostitutas de afición que hacen correr a raudales el dinero de orondos ociosos o fuerzan al suicidio a estúpidos y aburridos petimetres. Todo ello en un París bohemio y dulzón, que rompe prejuicios y vive deprisa.

Al lado de ese mundo se mueve el otro París, el París de “Los Miserables”. Prestan a este París una alucinante imagen su patología pútrida, sus cárceles por niñedades y sin esperanza, sus barrios colmados de suciedad, promiscuidad y hacinamiento; sus destartaladas casas, sus chabolas y sus cloacas tomadas como hogar... en un círculo de inimaginables miserias y terribles sufrimientos, olímpicamente ignorados por los “de arriba”.

Uno y otro son el París de las revoluciones: no menos de tres en sesenta años: la de 1789, que acabó (??) con el llamado “viejo régimen”; la de julio de 1830 que hizo de los privilegios de la fortuna el primer valor social (“enrichesez vous”, proclamaba Luis Felipe de Orleans o Philippon, el llamado Rey Burgués) y dio el poder sobre vidas y haciendas a los que “más tenían que perder” y, por último, la revolución de febrero de 1848, que se autotitularía popular y resultaría de opereta con el engendro de un régimen colchón en que fue posible un nuevo pretendido árbitro de los destinos de Europa, Luis Napoleón III, sobrino del otro Napoleón que tuvo en jaque a medio mundo sin otra razón que su criminal orgullo.

En el París de las revoluciones (1789-1848) ya no son personas, son grupos sociales o “clases” las que conviven o luchan entre sí. Se han acallado las conciencias personales e imperan las conciencias colectivas. Es en este París en dónde, sin salir del racionalismo cartesiano, hombres como el conde de Saint Simon “se imponen la tarea

de dedicar su vida a esclarecer la cuestión de la organización social"... A este Saint Simon y a su pléyade de imitadores Marx calificará de "socialistas utópicos". Con anterioridad a Saint Simon habían surgido en Francia figuras como las de Morelly, Mably, Babeuf... que se presentaron como apóstoles de la igualdad con más entusiasmo que rigor en los planteamientos y siempre con total ignorancia de la conciencia personal.

Charles Fourier (1772-1837) es otro de los "socialistas utópicos" más destacados: pretende resolver todos los problemas sociales con el poder de la "asociación", que habrá de ser metódica y consecuente con los diversos caracteres que se dan en un grupo social ni mayor ni menor que el formado por mil seiscientos veinte personas; es la estadística al dictado de la conciencia colectiva.

Dice Fourier estar convencido de que cualquier actual forma de estado se disolverá progresivamente en una sociedad-asociación, en la cual, de la forma más natural y espontánea, se habrá excluido cualquier especie de coacción. A renglón seguido, se prodigarán los "falansterios" o "palacios sociales", en que, en plena armonía, desarrollarán su ciclo vital las "células-base" hasta, en un día no muy lejano, constituir un "único imperio unitario extendido por toda la Tierra".

Esa es la doctrina del "falansterismo" que como tal es conocido el "socialismo utópico" de Fourier, algo que, por extraño que parezca, aun conserva el favor de ciertos sectores del llamado progresismo racionalista hasta el punto de que, cada cierto tiempo, y con derroche de dinero y energías, se llega a intentar la edificación de tal o cual "falansterio". Efímeros empeños cultivados por no se sabe qué oculto interés proselitista.

No menos distantes de un elemental realismo, surgen en Francia variadas formas de colectivismo, cuyos

profetas olvidan las predicadas intenciones si, por ventura, alcanzan una u otra forma de poder. Tal es el caso de Luis Blanc, que llegó a ser miembro provisional que se constituyó a la caída de Luis Felipe o Philippon; “Queremos, había dicho, que el trabajo esté organizado de tal manera que el alma del pueblo, su alma ¿entendéis bien? no esté comprimida por la tiranía de las cosas”. La desfachatez de este encendido predicador pronto se puso de manifiesto cuando algunos de sus bienintencionados discípulos crearon los llamados “talleres nacionales”: resultó que encontraron el principal enemigo en el propio gobierno al que ahora servía Blanc y que, otrora, cuando lo veía lejos, este mismo Blanc deseaba convertir en “regulador supremo de la producción y banquero de los pobres”.

Otros reniegan de la Realidad y destinan sus propuestas a sociedades en que no existe posibilidad de ambición: tal es el caso de Cabet que presenta su Icaria como mundo en que la libertad ha dejado paso a una igualdad que convierte a los hombres en disciplinado rebaño con todas las necesidades animales cubiertas plenamente. Allí toda crítica o creencia particular será considerada delito: huelgan reglas morales o religión alguna en cuanto un providencial estado velará por que a nadie le falte nada: concentrará, dirigirá y dispondrá de todo; encauzará todas las voluntades y todas las acciones a su regla, orden y disciplina. Así quedará garantizada la felicidad de todos.

Existió otro socialismo francés cuyo impacto aun perdura: se trata del socialismo autogestionario promovido por Pedro José Proudhon.

Era su divisa de combate “justicia y libertad” y el centro de sus ataques la “trinidad fatal”: Religión, Capital y Poder Político a los que opone Revolución, Autogestión

y Anarquía. Revolución, porque “las revoluciones son sucesivas manifestaciones de justicia en la humanidad”, autogestión, “porque la historia de los hombres ha de ser obra de los hombres mismos” y lo último, “porque el ideal humano se expresa en la anarquía”. Más que pasión por la anarquía es odio a todo lo que significa una forma de autoridad que no sea la que nace de su propia idea porque, tal como no podía ser menos, Proudhon hace suyo el subjetivismo idealista de los herederos de Hegel.

Proudhonianos, saintsimonianos, marxistas más o menos fervorosos... no en menor medida que los doctrinarios que hacían recaer la responsabilidad del acaparamiento en la totalidad de los miembros de su clase o sociedad, se preocuparon apasionadamente por centrar en la “conciencia colectiva” la responsabilidad de todo lo bueno y de todo lo malo que pudiera ocurrir a los hombres y mujeres del presente y del futuro.

Logra adeptos ese acoso a la sagrada libertad personal porque el animal, que todos llevamos dentro, reniega de su responsabilidad en cuanto se deja conquistar por los “instintos de especie” en que se basa el gregarismo y que, tan arteramente y desde cualquier ángulo, han manejado los “profesionales de la lucha de clases”: Es cuando, por muy triste y regresivo que sea, los hombres y mujeres de cualquier época sucumben a la oferta de sumergir su voluntad en el totum revolutum de la conciencia colectiva, algo así como acogerse a los embrutecedores efectos de una dormidera: *Conciencia colectiva, opio del pueblo*, frente a *Libertad Responsabilizante*, de que se alimentan o pueden alimentar los hombres y mujeres que pretenden elaborar su propia historia de forma personal y a base de Trabajo y Generosidad.

V. HIJOS BASTARDOS DEL CAPITALISMO

Incluso con mucha más fuerza que aquella otra Revolución (la francesa de 1789) que dio paso a Napoleón, la Revolución Industrial traumatizó la vida social de toda Europa.

Aquella había entronizado a la “diosa” Razón; ésta impuso la sugestión y el poder de las nuevas máquinas capaces de crear nuevos bienes, de dividir entre diez, cien o mil los tiempos de producción y, por lo mismo, de masificar el mundo del trabajo: la pericia artesanal perdió una buena parte de su valor hasta el punto de que, en múltiples ocasiones, producían a la par un niño y un veterano trabajador.

Todo ello, claro está, proporcionó rápidos y elevados beneficios para unos pocos y miseria sin paliativos para muchas familias. Al empresario emprendedor sucedió el propietario que se regodea no en lo que proyecta o hace sino en lo que “tiene y puede tener”. En su conciencia queda poco espacio para la preocupación de cuantos alimentan su fortuna.

Teorizantes no faltan que le convencen de que su privilegiada situación es un don de Dios, quien, por lo mismo, condena a los otros a la simple supervivencia.

Frente a los abusos del acaparamiento sin medida y del beneficio a cortísimo plazo y sin contrapartida “social”, surgieron fabricantes de sueños que presentaban remedios aun peores que la enfermedad: “que los opresores se conviertan en oprimidos”.

Aquello era cosa de leyes y modos de Gobierno que, en el marco del respeto a la LIBERTAD RESPONSABILIZANTE neutralizaran los abusos de los desaprensivos. No era cosa de revolución ciega que, dada la vuelta a la “tortilla de los privilegios”, esclavizaría o tornaría estéril a la propia Libertad a la par que destruía imprescindibles modos y medios de producción.

Contra un elemental dictado de la Realidad, bajo la hégira e interesados fabricantes de sueños, surgieron revoluciones cuyo resultado inmediato fue el estrangulamiento de la sagrada Libertad. A renglón seguido, se propagaba una progresiva atonía social y una general miseria al servicio de la burocracia gobernante.

El pistoletazo de la marcha hacia la nueva situación, fraguada en febrero de 1848 (“un fantasma amenaza a Europa”), dejó oír su contagioso estruendo en octubre de 1917.

La toma del “Palacio de Invierno” despertó FIEBRE DE HOMOLOGACIÓN en los “movimientos proletarios” de todo el Mundo: una buena parte de los núcleos revolucionarios vieron un ejemplo a seguir en la trayectoria bolchevique.

En buen estrategia y con poderosos medios a su alcance, Lenin vio enseguida la ocasión de capitalizar esa fiebre de homologación sobre la base de una infraestructura burocrática y doctrinal promovida y desarrollada

desde el Kremlin. Ello implicó una jerarquía de funciones y una ortodoxia que pronto fue aceptada como “marxista-leninista”: inamovible rigidez de los principios del “Materialismo Dialéctico”, del carácter “positivo” de la “lucha de clases”, de la JUSTICIA INMANENTE a la “Dictadura del Proletariado”, de la inmediata y feliz resolución de la Historia en fidelísimo eco de las consignas soviéticas.

El “marxismo-leninismo” sirvió de base espiritual a una nueva especie de imperialismo materialista (Capitalismo de Estado fue llamado), que Lenin y su entorno se propusieron impartir: consolidado el poder bolchevique en el antiguo imperio zarista, urgía establecer la “Unión Mundial de Repúblicas Soviéticas”: la fuerza de cohesión estaría representada por la fe universal en la autosuficiencia de la materia: una VERDAD ABSOLUTA a cuya enseñanza y desarrollo habrían de aplicarse cuantos recursos fueran necesarios.

Esa “verdad absoluta” era doctrina y era estrategia de lucha: como doctrina requería un ejército de exégetas (“obreros del pensamiento”) que, siguiendo la batuta de los oráculos oficiales, interpretara todas las conclusiones de la moderna Ciencia a la luz de las mil veces proclamada autosuficiencia de la Materia y de su incidencia sobre la imparable colectivización del género humano, movido esta vez por el exclusivo afán de romper con cualquier especie de responsabilidad personal desde su pertenencia a una masa con voluntad única.

Como estrategia de lucha, el “marxismo-leninismo” planteó unos objetivos, unos medios y una organización: objetivo principal, universalizar el triunfo de la facción bolchevique; medios operativos, cuantos pudieran derivarse del monopolio de los recursos materiales y humanos de la Unión Soviética; soporte de la organización,

una monolítica burocracia que canalizara ciegas obediencias, una vez reducidos al mínimo todos los posibles desviacionismos o críticas a las directrices de la “Vanguardia del Proletariado”, “Soviet Supremo” o voluntad del autócrata de turno...

Aunque todo eso pertenece ya al pasado, del foco de atropellos y de sueños, que fue la Unión Soviética, quedan no pocos reflejos que llegan incluso hasta los países de la “órbita democrática”: cualquier ideología, que basa su fuerza en la neutralización de la conciencia personal, reniega, a duras penas, del “Capitalismo de Estado”, de la “burocracia del pesebre” o de la inhibición por los problemas del Otro: cada ciudadano es invitado a dejarse adsorber por el TOTUM REVOLUTUM de la conciencia colectiva.

Ya tenemos ocasión de reflexionar serenamente sobre el alcance de aquel “Capitalismo de Estado” que entronizara Lenin y que ha recibido su “acta de defunción” con la caída del Muro de Berlín y, también, sobre hechos históricos como la Oligarquía Fascista (enrevesada forma de “socialismo vertical”), en la que tipos como Mussolini cifraron todas sus esperanzas para convertirse en ombligo del mundo y sobre las atrocidades de la experiencia hitleriana, que se llamó Nacional Socialismo...

Son fenómenos históricos en los que privó una economía dirigida desde arriba con el objetivo de reforzar una implacable dictadura, pero mantenida y desarrollada por las complicidades y corrupciones de no pocos partidarios del “beneficio a cualquier precio”: ya los vemos como evidentes engendros o hijos bastardos de un CAPITALISMO SIN LIBERTAD.

Dicho esto, desde la óptica de un Realismo comprometido con el Bien Común podemos y debemos negar legitimidad natural a los excesos en que incurren los manio-

breros de las súper-entidades financieras de la actualidad: no ayuda al progreso continuado, ni siquiera de los países más ricos e industrializados, una política de créditos más centrada en un monetarista y especulativo “toma y daca” inmediato que en inversiones bien hilvanadas hacia la promoción de iniciativas personales, la compensación al Trabajo y el aprovechamiento de los recursos de la Naturaleza y de la Técnica: sería ésa la más segura y expeditiva forma para cubrir las exigencias de acuciantes demandas y cosechar a medio y largo plazo los beneficios (materiales, queremos decir) de la Reciprocidad. En consecuencia, resultan pésimos administradores de los recursos que rentistas y gobiernos han puesto en sus manos. Por lo romo y particularista tampoco el suyo es un Capitalismo que se mueva en genuina Libertad (la miseria que permite o, incluso, alimenta, es la más degradante muestra de una Esclavitud con ramificaciones hacia los más opulentos y sus satélites). Por supuesto que, vistas así las cosas, unos y otros contribuyen a minimizar la función progresista de esa fuente de motivaciones subsiguiente a la “Fiebre Capitalista”: la MULTIPLICACIÓN y LIBRE CIRCULACIÓN DE OPORTUNIDADES para el desarrollo de las respectivas capacidades.

VI. EL DRAMA DEL HUMANISMO ATEO

Feuerbach (calificado por Marx como “purgatorio de nuestro tiempo”) decía haber encontrado el “secreto de la Teología en la ciencia del Hombre”, tomado éste no como persona con específica responsabilidad sino como elemento masa de una de las familias del mundo animal (“der Mensch ist was er isst”, decía, al parecer, divertido por lo que en alemán es un juego de palabras —el hombre es lo que come—). El especial metabolismo del hombre, por vía de la estricta biología, habría desarrollado en él un superior grado de sensibilidad animal la cual, entre otras particularidades no compartidas con otras especies animales, le lleva a buscar en el cielo un afán de trascendencia que identifica con un ser extraño a la propia especie y lo reviste de las cualidades que puede encontrar y desarrollar entre sus semejantes. Es, para Feuerbach la explicación del fenómeno religioso, que se inventa un dios extraño a la propia Humanidad cuando debiera ser ésta el directo objeto de culto: “Homo homini deus”, es el postulado que encierra toda la teología de Feuerbach.

A diferencia de Nietzsche para quien el superhombre es un ser en los antípodas de lo vulgar, para Feuerbach el hombre-dios es una abstracción o síntesis de la especie: un símbolo de lo que ha dejado de ser estrictamente animal en cuanto que parte de lo que ha comido a lo largo de los siglos se ha convertido en producto de conciencia traducido en fuerza motriz de la historia.

Este dios de carne y fantasía se hace fuerte en el gregarismo. Nada vale el hombre que, aislado de la especie, persigue una específica realización personal: su destino está inexorablemente ligado al del rebaño.

Los apuntes de Feuerbach calaron profundamente en el “Club de los Doctores”, mundillo que, en torno al 1840, agrupaba a los llamados “jóvenes hegelianos”, Carlos Marx incluido. Tanto que este reconocido padre de los más influyentes colectivismos de nuestra reciente historia, llegó a escribir: “la fisiología comparada me infunde profundo desprecio hacia todo el que encuentra una diferencia substancial entre el hombre y el cordero”.

Pero, tras este ilustre discípulo de Feuerbach, vendrán ciento cincuenta años de falsas esperanzas y aún más fallidas realizaciones.

En aquel mismo círculo de los “jóvenes hegelianos” se movía un tal Max Stirner: Para éste, “Feuerbach, con la energía de la desesperanza, desmenuza todo el contenido del Cristianismo y no precisamente para desecharlo sino para entrar en él, arrancarle su divino contenido y encarnarlo en la especie”. “Yo no soy hombre especie, dirá Stirner: soy simplemente yo; nada, pues, de homo homini deus; para el materialista sincero se impone un crudo y sincero “ego mihi deus”... porque “¿cómo podéis ser libres, verdaderamente únicos, si alimentáis la continua conexión entre vosotros y los otros hom-

bres?”. “Mi interés, dogmatiza Stirner, no radica en lo divino ni en lo humano, ni tampoco en lo bueno, verdadero, justo, libre, etc... radica en lo que es mío; no es un interés general: es un interés único como único soy yo”: Las mil caras del *Particularismo* tienen un buen exegeta en este tal Stirner.

Frente al colectivismo materialista del hombre-especie que, siguiendo a Feuerbach, propugnara Carlos Marx, quiere alzarse otra forma de colectivismo materialista: el del individualismo insolidario que, al hilo de lo que propugna Max Stirner, se incorpora a una manada de poderosas fieras sin otro propósito que el de disputarse con ellas los despojos del débil.

Nietzsche tiene el descaro de prestar a esa obsesión el carácter de doctrina situada “más allá del bien y del mal”, en un mundo que él quiere elemental: de materia y de voluntad, de carne y de sangre, mundo en el que impone su razón el que está en situación de atropellar y de despreciar a cuantos aceptan la moral de la solidaridad o “moral de esclavos”.

En la voluntad de dominio encuentran los fieles de Nietzsche la razón primordial para renegar de los viejos valores, para situar el ansia u obsesión desesperada de poder por encima de la resignación, preferir la guerra a la paz, la astucia a la prudencia... hasta que “perezcan los débiles y los fracasados ante la voluntad de dominio de los fuertes” (Anticristo).

No importa que todo ello se debata en el campo de lo irracional, que la voluntad de dominio destruya las raíces anteriores y superiores a uno mismo, enfrentado a la fatalidad o condenado a flotar sobre el vacío de una autosuficiencia simplemente imaginada: a Nietzsche no le importa que su inventado superhombre viva y muera como el títere de una absurda tragedia: “solitario, sigues

el camino del Creador, quieres hacer un dios de tus siete demonios...” “Yo amo a todo aquel que se propone crear algo superior al hombre y sucumbe en el empeño” (Así hablaba Zaratustra).

Todo ello no es ateísmo: es deliberada preocupación por introducir en el pensamiento de los hombres la presencia de un ídolo alimentado por las más oscuras corrientes de la historia: la idea de un hombre sin la traba moral de su propia conciencia, que proyecta hacia los otros la responsabilidad de sus más graves tropiezos y, por lo mismo, se muestra capaz de alargar hasta el infinito los horizontes de una vida torpe y radicalmente desligada de la suerte de todos sus congéneres. ¡Pobre superhombre, diosecillo con pies de barro! Pobre y artificial grupo que se cree con derecho a todos los posibles privilegios sociales por que ha traducido en conciencia colectiva un rosario de prejuicios y obsesiones.

Con lo dicho hemos querido dar un incisivo repaso a los dos principales aspectos de un sueño abocado al fracaso: la Utopía Materialista que se alimenta de una inventada “conciencia colectiva”, sea para masificarse o para, simplemente, levantar la cabeza por encima de sus congéneres.

Tanto desde la manada del privilegio como desde el pretendido rebaño de “los que no tienen que perder otra cosa que sus cadenas” surgen desaforados gritos clamando por “socializar responsabilidades”.

Amigo, no caigas en la trampa de la utopía materialista, calificada por muchos de humanismo, sea ella soñada consecuencia del acaparamiento y al uso de unos pocos o falaz engatusamiento para tantos millones que renuncian a ser responsables de su propio destino y de la posible felicidad de las personas que aman. Si quieres lograr el pleno desarrollo de tu propio ser, TRABAJA Y

AMA EN LIBERTAD. Ello es el marco de vida que corresponde al principal protagonista de una historia progresista, al meollo de un Humanismo con profundas raíces en la Realidad porque se alimenta de cordial y voluntaria solidaridad para, sin desfallecer, trabajar y amar en libertad.

VII. EL MILAGRO DE LAS TECNOLOGÍAS INTERMEDIAS

La Tecnología Moderna ha desbordado las más optimistas previsiones de los científicos. Hace no más de veinte años, eran muy pocos los que habían captado las proyecciones prácticas de los semiconductores, cuyo material de base, el Silicio, es uno de los elementos más abundantes en nuestro Mundo y, hoy por hoy, el alma mater de la Informática, punto de lanza de la más progresiva Técnica y en donde, probablemente, se aprecia con más contundencia el gigantesco paso que, en muy pocos años, ha dado la ciencia aplicada.

Aunque recién llegado, el Ordenador o Computadora es ya insustituible SOPORTE FÍSICO de la viabilidad de un sinnúmero de actividades humanas. Es la más sofisticada, la más poderosa, la más limpia y la más barata de las herramientas que ha inventado el Hombre: apoyado en las sorprendentes propiedades de los semiconductores, eso que se llama el “hardware” (lo físico, eléctrico, electrónico y mecánico) es una muestra de la rápida evolución de la tecnología que, de forma vertiginosa, ha abaratado costos e incrementado prestaciones

hasta lo indecible. Paralelo ha sido el progreso en lo que se llama “software”, o conjunto de órdenes y códigos (programas) que empujan, canalizan, depuran y optimizan la información a la medida de nuestras necesidades.

La Computadora no es inteligente (soberbia tontería eso de la inteligencia artificial); pero en sus microscópicos recovecos pueden encontrarse y de hecho se encuentran infinitas pruebas de la inteligencia del hombre quien, en definitiva, puede y debe apoyarse en el artillero con lo voluntad de tenerle siempre en su “terreno” y a su servicio.

Ha sido tan rápida la evolución (galopante revolución, podría ser considerada) que, diríase, a todos nos ha cogido desprevenidos. En rápida sucesión de aplicaciones, la tecnología del “chip” ha desarrollado máquinas, “brazos mecánicos” y “sensores” capaces de sustituir a los sentidos y desarrollar más rápida y eficazmente una amplia serie de duros trabajos desde mover montañas hasta dirigir un pequeño artillero espacial hasta millones de kilómetros: gracias al conjunto de fuerza y precisión, en armonía con los adecuados sensores o “sentidos artificiales”, se pueden desalinizar las aguas del mar, administrar las lluvias, robar energía eléctrica al aire, regular calor y humedad en los invernaderos, incrementar a voluntad la producción de carne o pescado... Son posibles realidades al servicio de la iniciativa de los más emprendedores y generosos.

En este punto es de justicia recordar a Aristóteles para quien “el trabajo servil seguirá existiendo hasta que las lanzaderas y los plectros se muevan por sí solos”.

Ha llegado esa ocasión: son inimaginadas cotas de libertad en el desarrollo del trabajo diario; son nuevas posibilidades de acortar distancias entre las distintas formas de trabajo, entre las diversas situaciones de los hom-

bres y también entre los mundos. Exageró el indocumentado, pobre y, posiblemente, mal intencionado Malthus con sus previsiones catastróficas. Cierto que el paso del hombre por la Tierra, en múltiples ocasiones, ha dañado la capacidad previsor de la Naturaleza. Pero también es cierto que al alcance del hombre emprendedor ya está la solución a cualquier carencia. Es cuestión de certera sintonía entre la responsabilización de los administradores, las potenciales vocaciones de los hombres y mujeres en edad de trabajar, la amplitud y carácter de los recursos materiales y las necesidades del Mercado. Como acuciante desafío hay tenemos un cúmulo de poderosos medios de acción que esperan ser hilvanados en “lógicos mecanismos” adaptables a las más variadas tareas: el justo tratamiento de todas sus posibilidades será la base de esa Tecnología Intermedia al alcance de una economía como la española la cual, con sentido de la oportunidad y valiente decisión, podrá “reconvertir” su capacidad productiva a un costo infinitamente menor que el requerido por otras ramas de la producción: la Gran Industria, que requiere largo tiempo para ser puesta en marcha, fabulosas cantidades de dinero con un elevado ratio inversión/puesto de trabajo, sufre el implacable acoso de otras economías más fuertes y, en consecuencia, se presenta con muy problemática viabilidad.

No sucede lo mismo con la Pequeña y Mediana Industria, ni con los módulos de producción agropecuaria, pesquera o de piscifactorías, cuyo desarrollo no requiere más que precisas aplicaciones de la Tecnología Intermedia que ofrece amplio campo a la responsable iniciativa del Poder Político.

En paralelo, los jóvenes cerebros habrán de ser empujados a las aplicaciones prácticas y urgentes sobre una amplia gama de necesidades sociales desde la tecnolo-

gía conquistada por la Ciencia Universal. La formación profesional estará animada por el efectivo conocimiento de las nuevas herramientas con abundantes clases prácticas en detrimento de la teoría especulativa. Los créditos primados habrán de ir en directa consonancia con la cantidad de puestos de trabajo a crear y la viabilidad de los objetivos de producción sin aventuras en un campo ya copado por otros y de escasa incidencia en la necesaria multiplicación de los puestos de trabajo.

También en sintonía con las virtualidades de la versátil y muy asequible Tecnología Intermedia, los gobernantes deberán preocuparse de proyectar nuestros recursos y saber hacer hacia donde puedan ser más valorados, lo que implica abrir nuevos mercados y roturar nuevas vías de distribución de forma que la producción pueda ser animada por una progresiva demanda exterior, venga ésta de otras esferas que el recurrente pero limitado Mercado Europeo.

VIII. ¿NORTE CONTRA SUR?

Es la propia Ley Natural la que dice que el hombre no puede considerarse como tal si no es libre. Es en uso de esa libertad cómo algunos (de cualquier escala social) optan por acaparar y otros (también de cualquier escala social) por compartir.

En las sociedades colectivistas o estatificadas (en donde se ha castrado la voluntad de iniciativa de los más generosos), además del afán de acaparamiento promovido por “cúpulas, burócratas y mamandurrieros” es trágica fuente de pobreza el “pasotismo institucional”: los flujos y reflujos de bienes naturales tropiezan con descaradas ambiciones alimentadas por la ociosidad, mil tópicos al uso y una tediosa, fría y agobiante burocracia, nacida de una previa, envidiosa y violenta usurpación de derechos.

Por contra, en otro tipo de regímenes el afán de acaparamiento, latente en una buena parte de los hombres, tropieza con el freno de la libertad de los otros; por no hablar de las leyes penales y fiscales que son tanto más positivas cuanto más ayudan a

la **ORIENTACIÓN CONSTRUCTIVA** de la libre iniciativa de las personas, cada una con su particular resorte o centro de motivación. Aquí las dificultades para la *funcional responsabilización* y subsiguiente multiplicación de bienes y servicios, al amparo de lo que se llaman “las pautas de una economía de libre mercado”, nacen tanto de las obsesiones o caprichos de los públicos o privados servidores de las “grandes cifras” (políticos sin vocación, “brokers”, rentistas y economistas de salón) como de la, llamémosla, **COYUNTURA**: se habla y se habla de “Economía de Libre Mercado”; pero, desde los poderes fácticos de los países o Unión de países con mayor capacidad productiva y, por ende, con mayores posibilidades de responder a la **DEMANDA MUNDIAL**, se discute continuamente sobre la “conveniencia de ponerle puertas al Campo”: ¿Quién ha demostrado que talar árboles, destruir cosechas o bienes industriales, sacrificar reses... resulte más rentable que abrirle más y más caminos al desarrollo de la libre iniciativa de estudiosos, emprendedores, almas generosas o simples y responsables ciudadanos?

Es así como la “Ciudad alegre y confiada” labra su propia miseria, cómo se mantienen forzadas fronteras y una mal disimulada controversia entre países ricos y países pobres; cómo, continuamente, los países ricos distraen sus acuciantes obligaciones con andanadas dialécticas hacia los países a los que han esquilmoado siempre que han podido.

En la ONU, el Banco Mundial, los G7, la misma Unión Europea a la que pertenecemos los españoles... la política de precios es la madre de todas las reflexiones ¿no resultaría más simple y más positivo discurrir sobre las

mil y una formas de satisfacer una ACUCIANTE DEMANDA de bienes de primera necesidad? ¿Que habría de ser prácticamente “gratuita” la distribución? No necesariamente: así lo pareció el Plan Marshall y se tradujo en la más rentable operación comercial para su promotor, los Estados Unidos de América.

La trayectoria histórica de cualquier nación, región, pueblo o tribu, obvio es reconocerlo, está entroncada en la historia de la Humanidad; hoy más que en tiempos pasados, la opulencia o miseria de éste o de aquel pueblo adquiere resonancia mundial; “a caballo de las ondas”, la noticia tanto de un memorable evento como de una agobiante calamidad, ocurridos en el más remoto rincón del Globo, incide en conciencias y formas de sentir o soslayar...: llegados a lo de la “Aldea Global”, es de rigor reconocer que todos y cada uno de nosotros, por acción u omisión, tiene su parte de RESPONSABILIDAD en el desarrollo de lo bueno y también en la persistencia de lo malo que ocurre a otras personas y pueblos. A todos y a cada uno de los españoles afecta, pues, lo que España hace y deshace en el concierto de naciones.

Ahí cabe el recordatorio de lo que un ilustre economista francés, François Perroux, ha dicho de los españoles: “Puesto que pertenecen a la raza de los ambiciosos, sus amigos piensan que, logradas razonables cotas de prosperidad, los españoles se sentirán ni pobres ni ricos y sí liberados”. Literatura aparte, ¿son tales bendiciones rasgos de nuestra personalidad comunitaria? ¿Significará esa libertad DISPONIBILIDAD DE VOLUNTAD Y DE ENERGÍAS? ¿Tal vez el COMPROMISO de poner en juego ALGO MAS que lo practicado y obtenido por otros países situados en el privilegio y BASTANTE MAS que la teoría y la praxis de aquellos otros países a los que su circunstancia impide superar una ancestral miseria o

una persistente ofuscación sobre el desarrollo de sus posibilidades?

Ese ALGO MÁS, que, desde las carencias de los países pobres, DESAFÍA A LOS ESPAÑOLES, habría de expresarse en una amalgama de generosidad, inventiva y realismo. Tal vez ocurre así y el problema se reduce a que el “señor de turno” (“¡Qué buen vasallo si hobiese buen señor!”, se lee en Mío Cid) está maniatado (se ha dejado maniar) por “otros compromisos” o pasa el tiempo que debe a sus gobernados en la deleitosa contemplación de su ombligo.

En cualquiera de los casos, falta a los españoles un norte para el ejercicio de un ELEMENTAL COMPROMISO DE CONTINUA SOLIDARIDAD. Se hace poco, prácticamente nada, por hacer llegar lo que nos sobra (“el PAN que no comemos”, diría San Ambrosio) al que más lo necesita y que, probablemente, (sobre todo, si “con el pez le ayudamos y enseñamos a pescar”) resulte mejor pagador que nuestros más opulentos clientes.

He ahí un campo en el que cultivar millones de oportunidades de trabajo para tantos españoles y tantos hermanos de América, Asia y África que acuciantemente lo necesitan.

“Trabajo para nosotros contra el hambre de millones de posibles buenos clientes”, puede ser el revulsivo de nuestra persistente AGONÍA.

Sin duda que, salvado (o, al menos, notablemente mitigado) el parasitario anquilosamiento de su Administración, con todo su bagaje histórico de pensamiento y cultura, con la herramienta de su capacidad humana, material y técnica... tiene ahora España un papel importante que jugar en el Mundo. Para ello no es necesario “plantarle cara” a la Unión Europea pero sí “humanizar” una buena parte de sus “burocráticos caprichos” o dis-

posiciones que marginan la elemental solidaridad entre los pueblos, lo que implica desestimar abiertamente cuanto representa el estéril sacrificio de una sola res, el saqueo de nuestras costas o el desaprovechamiento de una sola hectárea de terreno. Solidaridad que, repetimos, puede y debe tener “compensación crematística”, aunque ello sea a largo plazo.

Los pueblos, al igual que los seres humanos, se hacen “personas” en tanto en cuanto aciertan a poner de relieve (se podría decir logran universalizar) su originalidad o trazos especiales, lo que, si se toma como complemento de las particularidades de otros pueblos y regiones, no como punto o referencia de confrontación, es semilla de libertad y prosperidad para todos.

Si España es la Europa que se acerca al Continente Africano, es, además, toda una historia que, en base a la sangre compartida y a su peculiaridad cultural y económica, se hace experiencia nueva en América y en remotos puntos estratégicos de otras partes del Mundo. Se trata, simplemente, de que nuestros gobernantes y hombres de iniciativa tomen la potencialidad de España (oportunidades, recursos y energías) como necesario cauce de sus decisiones.

Alterar rutinas, romper moldes, sortear las trampas y corrupciones de los caciques y tiranos de turno, aplicar una valiente y generosa visión de determinadas operaciones estrictamente comerciales... parece estar fuera del alcance de los mejor situados en la “sociedad opulenta”: a torpes inercias se une, probablemente, un inconfesable odio al débil que reclama las migajas de una inmerecida superabundancia. A los que tanto temen la menor fisura en el “orden establecido” no conmueve aquello de “el pan que no comes, pertenece a los que tienen hambre, el vestido que no usas a los que tienen frío...” Y ni

siquiera distrae el posible “MANE TECEL FARES” que late en la rabia de los pueblos hambrientos.

Que no sea éste el caso de los “prohombres” de nuestra España y de nuestra remediabile Agonía.

IX. MERCADO SIN FRONTERAS

¿Acaso falta imaginación para convertir en “rentables consumidores” a esas cuatro quintas partes de la Humanidad que pasan hambre? ¿Puede alguien poner en duda el tirón que ello representaría para una economía a la altura del desafío de los tiempos?

Una nación como la nuestra, tanto por su estratégica situación y trayectoria histórica como por su capacidad productiva y nivel de desarrollo, puede muy bien servir de puente entre las facilidades que brinda a la Suficiencia la nueva industria y la inmensa multitud de países “en vías de desarrollo”, algunos de ellos buenos vecinos con voluntad de entendimiento y otros muchos hermanados por la sangre, la lengua y la cultura.

Por lo mismo, España debe resistirse a entrar en esa trama de antinaturales proteccionismos, cuya positiva viabilidad económica es hartamente discutible. Sorteando con arte las trabas que opone ese imperialismo de la opulencia y en uso de sus derechos soberanos, debe aplicar su capacidad y entendimiento a lo que demanda una buena parte de la humanidad desheredada, lo que, por feliz rever-

sión que demuestra la experiencia, redundará en beneficio de los españoles.

Nuevas industrias, mayor desarrollo técnico en lo específicamente español, más racionales cultivos (racionales porque se ajustarán al necesario equilibrio entre medios de explotación, recursos naturales y distribución) es lo que parece demandar a gritos nuestra “natural zona de influencia”.

Para abrir o consolidar nuevos canales de expansión, los principales responsables de nuestra Economía habrán de huir de probados excesos de papanatismo tanto respecto a teorías más que desprestigiadas por la ley natural y la experiencia como a dictados de los opulentos que continúan apurando al máximo las posibilidades que para el acaparamiento les ha brindado su insolidaria trayectoria histórica. Mayor libertad y viabilidad de éxito ofrece el desarrollo de iniciativas consecuentes con la demanda de otros países menos celosos de sus privilegios.

Por supuesto que, dado el carácter de los grandes grupos de intereses cual es la Unión Europea, el libre desarrollo de la INICIATIVA NACIONAL no implica ruptura alguna de nuestros actuales compromisos internacionales pero sí una continua y extremada cautela ante la posibilidad de que nuestra economía siga la línea que marcan las apetencias de los más poderosos. Es un peligro que saben sortear otras naciones en una situación no tan propicia como la nuestra.

Los condicionamientos del medio económico en que nos desenvolvemos no son tan rígidos que no permitan canalizar lo más significativo de nuestra producción hacia áreas convergentes con las necesidades de los menos favorecidos por el progreso material, lo que, por venturosa ley natural, presenta para nosotros razonables perspectivas de desarrollo en todos los órdenes.

El marco del Mercado Común, que aceptan como rígido algunos de nuestros poderosos economistas, no lo es tanto para países como Inglaterra, Francia, Alemania, Dinamarca... Un apunte al respecto: esa papanatesca tendencia a la homologación, que para otras cosas de menor cuantía, tanto preocupa a nuestros gobernantes ¿no debería incluir las estratégicas desviaciones que dicte nuestra conveniencia y la acuciante demanda de tantos millones de potenciales clientes de tantos y tantos países hermanados con nosotros por su sangre y su cultura?

* * *

Teórica regla de oro del Comercio es la Reciprocidad. En la práctica, la tal reciprocidad viene seriamente condicionada por los intereses o imposiciones de los más fuertes. Ello quiere decir que una economía de la reciprocidad debe facilitar a los débiles para que, por un camino u otro, las “obligadas o circunstanciales cesiones” encuentren un *justo nivel de compensación*.

España, obvio es reconocerlo, no “pisa” con igual fuerza que Francia o Alemania en el concierto comercial de las naciones europeas; pero, puesto que su participación es aceptada por todos los miembros como un valor muy positivo, hora es de “encontrar el equilibrio” desde la pura ortodoxia del Libre-Cambio.

Con harta ligereza se ha seguido el juego a un cierto proteccionismo suicida del que han hecho gala no pocos “acuerdos de Bruselas”: son insultos no ya a la elemental justicia sino al sentido común, a la Ley Natural y a la propia razón de ser de la vida humana y de su entorno material el talar árboles, destruir enteras cosechas de productos de primera necesidad o primar el sacrificio

“estratégico” de reses. Es por demás un estrepitoso fracaso comercial: ni siquiera se logra frenar la escalada de precios, “justificación” que se esgrime para esos “criminales” (claro que sí) comportamientos; pero sí que se abren profundos e irreparables baches en algo que impone el propio carácter del Comercio: ampliar los horizontes de la demanda.

Las políticas de estrangulamiento de la producción en los artículos de primera necesidad es el peor negocio de los países desarrollados, tanto es así que se puede dar por demostrado que el actual estancamiento o recesión en la economía europea tiene mucho que ver con la peregrina e inhumana limitación de productos y mercados. Esto último es tanto más chocante cuanto una moderna economía cuenta con recursos para compensar los asedios de la competencia o mantener la viabilidad de su mercado (la imposición negativa, los intercambios en especie, la agilización de los sistemas de distribución, la elaboración de programas de desarrollo para terceros...).

No es necesario recordar que un deliberado estrangulamiento de la capacidad productiva de artículos de primera necesidad y seguro mercado interior y exterior es uno de los más poderosos medios de destrucción de empleo: así lo acusan sectores tan vitales como la agricultura, la ganadería, la pesca o esa prometidora actividad que se llama la acuicultura.

No será hacer el juego a la compleja pugna de intereses de los más fuertes lo que brinde a España una “automática salida de la crisis”; tampoco lo será una vergonzante confianza en que los problemas se resolverán por sí solos, gracias a nuestros méritos históricos o porque el espíritu del capitalismo es el ángel tutelar de una situación apetecible para los especuladores.

En estricta matemática, el progreso económico requiere un elemental punto de apoyo: creación de RIQUEZA EFECTIVA en base al aprovechamiento de las energías humanas y medios materiales de que se dispone. Esa RIQUEZA EFECTIVA se traduce en bien social cuando sigue el hilo de precisas necesidades humanas y capitaliza al máximo las facilidades que brinda el LIBRE MERCADO.

Es una traición a la propia razón de ser de la vida humana intentar sustituir ese “sagrado punto de apoyo” con maniobras de divertimento o especulación sin relación directa con la productividad real.

Capitalizar al máximo las facilidades que brinda el LIBRE MERCADO significa mantener lo positivo de anteriores compromisos con la UNIÓN EUROPEA y el poderoso aparato financiero mundial a la par que se presta oportuna atención a todas las oportunidades de respuesta a la solvente demanda de tantos y tantos potenciales clientes y suministradores, en especial a aquellos capaces de valorar el aconsejable desarrollo de una tecnología intermedia a escala de nuestros recursos. ¿Que ello requiere una más interesada autonomía en las relaciones comerciales con terceros países? Por supuesto que sí; es una exigencia de nuestros millones de parados y, por demás, una práctica abiertamente cultivada por nuestros colegas de la Unión Europea.

Capitalizar las facilidades que brinda el Libre Mercado significa, también, una más responsable toma de posición en las relaciones comerciales con lo que se llama la “locomotora mundial”, los Estados Unidos de América: pobre perspectiva la nuestra si hemos de esperar que la tal pretendida “locomotora” nos saque de los eventuales atascos por la sola virtud de su propia grandeza o magnanimidad. Optemos, más bien, por simples relacio-

nes comerciales en base al interés mutuo, lo que obliga a justipreciar nuestra oferta y nada más que eso. Esa oferta, obvio debería ser recordarlo, depende, fundamentalmente, de la certera aplicación de nuestro saber hacer y de nuestras energías hacia algo tan concreto y tan directamente bajo la responsabilidad de muchos de nosotros como es resolver el principal problema español de nuestro tiempo cual es el insuficiente aprovechamiento de nuestros recursos materiales y humanos: si lo que ofrecemos o producimos es comercialmente aceptable, sin duda que despertaremos el interés del gigante y con ello lograremos consolidar uno de los puntales en que se apoya nuestra economía. Se impone, pues, un razonable posicionamiento para calibrar reciprocidades en todo el amplio concierto de naciones, sin ruptura de estratégicos compromisos y asociaciones con nula retórica y sí específicos y oportunos análisis de los pormenores de cada oportunidad y operación.

Si todo ello va y viene en razón directa con lo que somos capaces de producir y ofrecer, cabe esperar una considerable reducción de nuestro actual desequilibrio entre importaciones y exportaciones hacia todas las latitudes con la consiguiente incidencia de creación de empleo dentro de nuestras fronteras: no se ajusta a los intereses nacionales una política que crea en países más prósperos puestos de trabajo que podrían crearse en el propio: tal ocurre cuando, a empresas y particulares, resulta más interesante tirar de la oferta exterior en productos de fácil realización por nosotros mismos.

Es justamente lo contrario lo que requiere la actual coyuntura española: que personas y particulares encuentren abonado el camino para capitalizar progresivamente las propias disponibilidades. En este objetivo cabe la primera responsabilidad al Poder Público celoso

promotor que debe ser de la fecunda iniciativa privada y propulsor de motivaciones para una creciente productividad en todos los sectores.

X. EL “PAN” DE TODOS Y PARA TODOS

La Tierra ofrece o encierra en sí misma cuanto, en su conjunto, necesita el Hombre. Podría decirse que, aliada con la Técnica, es capaz de alimentar a una Población cien veces superior a la actual. La Tierra, madre generosa, paciente, previsora, maleable...ha demostrado y demuestra ser tanto más pródiga cuanto más el hombre aplica su innata libertad a desarrollar la utilidad social de su esfuerzo y, consecuentemente, aplica sus facultades personales a realizar de la mejor forma que es capaz tal o cual tarea que requiere el bien de sus semejantes.

Por la directa experiencia o por la Historia vemos que es

incontrovertible el hecho del Progreso hacia mayor libertad y bienestar, a pesar mismo del afán de acaparamiento de unos pocos que entorpecen la NATURAL TENDENCIA hacia un más rápido y equitativo reparto de bienes y oportunidades.

Obviamente, esa tendencia es entorpecida con más o menos profundos baches provocados por la desidia o corrupción de los más torpes, más avaros o más irres-

ponsables de los poderosos (jefes, jefecillos, especuladores, simples intermediarios y burócratas).

El CAMINO HACIA EL PROGRESO es tanto más lento cuanto menor LIBERTAD RESPONSABILIZANTE (de la que siempre se derivan raudales de Trabajo y Generosidad) existe en las relaciones entre personas y pueblos.

Esa libertad responsabilizante, lo sabemos bien, nace y se alimenta de un reflexivo entronque con la Realidad en todas sus dimensiones.

Nunca, como ahora, se ha vislumbrado la viabilidad de solución a los grandes problemas de una buena parte de la Humanidad; por virtud del ser de la Tierra y las nuevas tecnologías podríamos decir que ven asequibles, muy asequibles, los medios para resolver las carencias más acuciantes: sea para erradicar enfermedades endémicas en ciertas latitudes o que acaban de aparecer a nivel mundial, para colonizar una buena parte del litoral marítimo, para fecundizar amplias superficies de desierto o para multiplicar por cien la producción ganadera... solo falta empezar a trabajar con un mínimo de voluntad constructiva.

Demostrado está que, a medio plazo, una sociedad se condena a sí misma si frena o estrangula sus posibilidades de expansión. Son posibilidades de expansión evidentemente rentables (a largo plazo, claro está) y a desarrollar ¿quién lo duda? allí en donde sea posible, es decir, en cualquier lugar del mundo en que vivan potenciales consumidores o clientes. Pero la roma visión de futuro y tal vez una envidiosa rabia contra la sencillez de la parte de la humanidad más doliente dificulta el paso adelante que, a gritos, está pidiendo la Realidad a esos po-

cos, poquísimos, que tienen la elemental capacidad de decisión.

Miseria y muerte para millones de seres humanos y mal negocio para los presuntos emprendedores es cortar vuelos a la máquina productiva por no hablar de la voluntaria y aberrante destrucción de bienes naturales.

Otra cosa es que, al amparo de la más progresiva ciencia, proyectos y voluntades se orienten hacia donde las carencias resulten más evidentes. Se abren así nuevos campos en que desarrollar las conquistas del Trabajo y de la Técnica, lo que, sin duda, pronto arrastrará multitud de satisfacciones personales y “motivantes beneficios” para promotores, inversores, artífices y productores.

Para que se multipliquen en la medida de lo necesario tales soluciones bueno será que cuantos tienen poder para ello se apliquen a establecer las bases de una mayor “sincronización” (acuerdo en el tiempo y en el espacio) entre las virtualidades de la Tierra y la capacidad de iniciativa y de acción del Hombre en progresiva **LIBERTAD RESPONSABILIZANTE**.

La Tierra y su puente con lo Universal, el Hombre. La Tierra madre, despensa y desafío. El Hombre, imaginativo y afanoso por desarrollar plenamente su “personal esquema de futuro”, protagonista del Trabajo solidario y creador y, como tal, padre y usuario de una Técnica que la Administración Pública está obligada a poner al servicio de la Suficiencia, es decir del **PAN PARA TODOS** ya sin fronteras, egoístas proteccionismos, artificiales barreras... etc.

SEGUNDA PARTE
ESPAÑA Y LOS ESPAÑOLES

I. RAÍCES DE LO ESPAÑOL

Se habla mucho de las dos “España’s”, que, “desvertebrándose, desvertebrándose...” huyen de su realidad para convertirse en particularismos, particularismos, particularismos... hoy diecisiete y mañana Dios sabe cuántos.

¿No será que muchos españoles y millones de herederos de los españoles no quieren conocerse a sí mismos?

Iberia, Hesperia, Hispania, Gothia, Al-Andalus, España... han significado lo mismo en distintas épocas de la Historia. Sangre, razas y cultura que han conformado una realidad, esa “circunstancia” (que diría Ortega y Gasset), en que, vivimos nuestras vidas y, ese es el desafío, forjamos nuestra personalidad (ojalá que con voluntad y generosidad).

Buceemos, pues, en la Historia al encuentro de pautas y valores que respondan a nuestra verdadera esencia con la esperanza de ser más nosotros mismos y, posiblemente, más felices. Son pautas y valores que mucho tienen que ver con lo que los españoles hemos heredado del Pasado.

Nadie duda de que nuestra cultura, en una muy substancial parte, es greco-latina. En los albores del Pensamiento greco-latino se daban dos principales posiciones encontradas: la de los epicúreos (de Epicuro de Samos) y la de los estoicos (de su afición a dialogar en la “Estoa” o pórtico ateniense decorado por Polignoto).

Los primeros, desde una concepción del mundo ramplonamente materialista, basaban la realización personal en perseguir el placer de los sentidos; sus obligaciones sociales se reducirán al buen parecer, según el patrón que marcaba el propio Epicuro, personaje cultivado, de suave trato y amigo de sus amigos. Ya en Roma, los epicúreos tuvieron a su principal teorizante en Lucrecio Caro (96-55 a.C.), mentor de la “beautiful people” de la época con Augusto, Virgilio, Horacio, Mecenas... como principales fieles. Era su religión estrictamente formal y las divinidades opulentos rentistas, que viven para sí sin la mínima preocupación por lo que ocurre en el mundo de los humanos; en este mundo el más sabio es aquel que “acierta a vivir como un dios”. Para los estoicos, en cambio, que cultivan una serena religiosidad y el dominio de las pasiones, el auténtico saber no es, ni más ni menos, que la ciencia de las cosas divinas y humanas. En sus creencias van más allá de la cosmogonía oficial y adoran a un dios “por el cual tiene el Todo su existencia viva; es santo, inabarcable, jamás nacido, jamás muerto...”). El moderno evolucionismo encuentra en la estoa un precedente: son las llamadas “rationes seminales”, ínfimas porciones de materia, que están en el principio y origen de todas las cosas para confluir en el Todo puesto que “Zeus crece hasta consumir de nuevo en sí todas las cosas”.

Según ello, el hombre sería de “linaje divino” y estaría comprometido en la inacaba obra de la Creación. Esta

perspectiva (o “prospectiva”, que diría también nuestro maestro Ortega y Gasset) de la Estoa es celebrada por el propio San Pablo: “Por que así han dicho algunos de vuestros poetas, que somos de su linaje”, dice el Apóstol en Act. 17,28. Por de más, no tiene reparo en identificar al Dios Eterno de los cristianos con el “Dios Desconocido” al que los estoicos griegos habían erigido un altar cave al Aerópago. Frente a un epicureísmo “liberado” de cualquier responsabilidad social el estoicismo se declaró abiertamente beligerante. La más cruda batalla del estoicismo tuvo lugar en Roma en que la doctrina fue recibida calurosamente por los personajes reputados como más ascéticos, al estilo de Escipión el Africano o el “pontífice máximo” Mucio Escévola. Es la doctrina que inspira la trayectoria intelectual de Cicerón y de nuestro Séneca.

Lucio Anneo Séneca pasa por ser el más ilustre representante español de esta escuela y, probablemente, el más grande de los sabios de la Roma Imperial. Para Séneca sabio es el que sabe conducir su vida conforme a razón. Su filosofía o forma de pensar es esencialmente práctica: es una forma de vida más que un método de especulación teórica. Crítico de la corrompida corte de los sucesivos emperadores Calígula, Claudio y Nerón, sufrió enconadas represalias hasta ser condenado a abrirse las venas por parte del último, de quien había sido preceptor. Para Séneca vivir conforme a razón es tanto una exigencia de la propia naturaleza como la mayor prueba de heroísmo (“El fuego prueba al oro; las vicisitudes de la vida a los hombres fuertes”). En el centro de la Naturaleza (“Corazón de la Materia”, dirá Teilhard de Chardin) coloca Séneca al mismo Dios: “¿Qué otra cosa es la naturaleza sino Dios y la razón divina inserta en todo el mundo y en cada una de sus partes? ni se da la naturaleza sin Dios ni Dios sin la naturaleza...” Las limitacio-

nes de Séneca son las limitaciones de todo el que percibe en sí mismo el hueco de Dios y no ha saboreado aun su cercanía por la gracia de Jesucristo.

Se dice que Séneca tuvo en Roma algún encuentro con San Pablo. Ciertamente, es verosímil pero no evidente: Pablo, sin duda alguna, le habría hablado de Jesucristo, de Quien no encontramos ninguna referencia en la obra de Séneca, le habría mostrado las diferencias esenciales entre Dios y sus creaturas y, también, las nuevas posibilidades para una mayor libertad en el trabajo del día a día proyectado hacia el bien de los demás.

A pesar de su carácter de pensador pagano, Séneca fue aceptado como maestro de moral por no pocos ascetas y religiosos, hasta llegar algunos a considerarle algo así como uno de los primeros padres de la Iglesia.

Desde ese punto de vista, alecciona el hecho de que, muy al contrario de lo que ha ocurrido con otros viejos sistemas de la antigüedad, la doctrina personificada por Séneca, el estoicismo, se desvaneció progresivamente ante la crecida presencia del Cristianismo, tal como si el papel histórico que le hubiera correspondido fuera el de precursor y los valores que defendía fueran humilde sucedáneo de los ratificados por Jesucristo.

Siglos más tarde y ya desde la óptica cristiana, émulo de Séneca fue San Isidoro de Sevilla (560-636), hermano de San Leandro, el que bautizara en el Catolicismo al rey Recaredo y a toda su corte arriana.

Para Isidoro Dios es el eje de toda preocupación científica y la piedra angular del edificio de todo acontecer humano. Re niega de toda especulación estéril y busca un hermanamiento total entre Ciencia y Fe, entre pensamiento y humanización del entorno.

Auténtica enciclopedia viviente, Isidoro puso de actualidad a Platón, Aristóteles, Cicerón, Séneca... a la par

que abrió los caminos del Evangelio a los poderosos de la época, siempre con directa proyección sobre el acontecer del día a día, sobre las realidades materiales e intelectuales, que esperan la impronta del convertido para ser “cristificadas”, es decir, puestas al servicio del Hombre.

En obras como el “Libro sobre la Naturaleza de las cosas” muestra Isidoro su preocupación por las aplicaciones positivas de la ciencia de su tiempo.

Crítico decidido del arrianismo, fue el catolicismo que enseñó San Isidoro de Sevilla una libre vía para romper con viejos atavismos. Tanto en el ámbito de la Iglesia como en la general forma de vivir, fue, sin duda, el más ilustrado, equilibrado y pragmático de los pensadores de su tiempo. Consejero de doctores, reyes y papas, a través de la España de entonces, mucho influyó en el complejo mundo que sustituyó al derruido Imperio Romano. Personifica una forma de vivir y lidera una cultura con larga proyección sobre la Historia de España. Fue destacado protagonista de una ambiciosa transición que convirtió a la Península Ibérica en un remanso de paz en el que la mejor herencia espiritual de la antigüedad parecía asegurar una larga era de prosperidad.

Pero pronto se desatarían los particularismos que desencadenan irreconciliables enfrentamientos entre facciones, religiones y razas hasta llegar a la traición del conde don Julián, la subsiguiente invasión musulmana (711) y ocho siglos de nueva y traumática simbiosis cultural.

Entre guerras, esporádicos acercamientos y continuos intercambios de civilizaciones y formas de vivir, la simbiosis hispano-musulmana proyectó sus frutos hacia la Europa medieval de los llamados “años oscuros”: Averroes de Córdoba “resucitó” al genial Aristóteles, lo que

brindó a maestros cristianos como Tomás de Aquino la base para una Metafísica, que, durante muchos siglos, ha hecho inteligible el origen y sentido de la vida humana. Por demás, en la España de entonces nacieron y se desarrollaron otros fenómenos que suavizaron costumbres y añadieron positivos alicientes a la ruda forma de vivir de entonces: el Arte Románico, la Cortesía Caballeresca, la Medicina, la poesía popular de los trovadores o la mística, de que se alimentaron genios como el Dante.

Lo de la Península Ibérica es algo muy distinto a lo que sucedía en el resto de Europa: entre nuestros antepasados, se vive la exigencia de una recuperación en larguísimo calvario de guerras, opresiones, rebeliones, ajustes, adaptaciones... que, por eso de “los renglones torcidos de Dios” abren otras tantas vías a la convivencia, colaboración e, incluso, a la generosidad.

Allende los Pirineos, en lo que se han llamado siglos oscuros, se vive el feudalismo en toda su intensidad: falta de objetivos comunitarios, cotos cerrados, señores de horca y cuchillo, reminiscencias bárbaras en las costumbres, elemental economía de toma y daca, inmensos espacios de tierra de nadie...

Con carácter general (hubo muchas y lamentables excepciones) nuestros caudillos de entonces no son propiamente señores feudales, son compañeros del Rey en las batallas, jefes de compactos equipos frente a objetivos muy bien asumidos por todos... Las rivalidades entre ellos son hechos aislados y no habituales formas de vivir.

No es preciso acudir a la retórica para hacer valer que, desde Isidoro de Sevilla hasta el Descubrimiento de América, faltó a los españoles tiempo para cultivar la mil y una prácticas del más burdo feudalismo (derechos de pernada, guerras fratricidas por un “quítame estas pa-

jas”, etc., etc...), o del particularismo burgués de los primeros tiempos del comercio.

Esta especial “circunstancia” en que, durante no menos de mil años, se desarrollaron las vidas y las inquietudes de los españoles sin duda que ha sido y es obligada referencia para muchos de los forjadores de lo que Ortega llamará Razón Vital, algo muy distinto de lo específicamente burgués.

II. LA ESPADA Y LA CRUZ

El “sic transit gloria mundi”, que tan bien expresara nuestro Fray Luis de León, hubo de resultar elocuente para aquellos compatriotas nuestros que fueron testigos de la vertiginosa, accidentada y ruinoso historia del Imperio Español. El Imperio Español, al igual que toda obra de acaparamiento, generó tropelías, despojos y miserias... pero por distintos caminos, con más liberales modos y con muy diferentes resultados: hay pleno reconocimiento de “derechos” (según la limitada óptica de la época) para los pueblos sometidos: en múltiples ocasiones, la Cruz impone su freno a la espada, se prodigan las mezclas de sangres y de razas...

En nuestra historia de entonces no es raro que un victorioso guerrero se retire en plena “gloria” (a ejemplo del más poderoso de la época, el propio emperador Carlos V, enclaustrado en Yuste), que un inquieto capitán canalice en el Evangelio sus afanes de conquista (caso de Ignacio de Loyola)...

Son tiempos en que ya ha cobrado progresiva fuerza el humanismo laico, cultivado al calor del llamado Re-

nacimiento, aliñado por la egocentrista cultura burguesa y que busca sus razones entre supuestos y sofismas “artísticamente” hilvanados.

Al respecto, es de rigor detenernos en Luis Vives, a quien repugnaban los abusos de la dialéctica tan dominante en las universidades de su época: era, para él, una estéril forma de discurrir que convertía a todo pensamiento en un simple juego de palabras o en una pedantesca exhibición de ingenio mientras que se relegaba a un último plano la preocupación por las carencias humanas.

Ya sabemos que el humanismo fue un conglomerado de erudición, cultivados modos de relación social, corrientes artísticas, catálogo de valores... en muy directa relación con los intereses de un movimiento corporativo, la burguesía, que puja con fuerza para acaparar la dirección político-social.

Es notorio que en España la tal burguesía, durante el llamado Siglo de Oro, tuvo infatigables enemigos en las más ilustres figuras literarias de la época: por no hablar de apologetas y predicadores, recuérdese a “moralistas” como Quevedo y, muy principalmente, a la figura del caballero antiburgués a quien repugna la estéril ociosidad producto de previos acaparamientos: ese Don Quijote, a quien no importa morir en el empeño de “desfacer entuertos”.

Fuerza argumental para un vital posicionamiento de generosidad constructiva se encuentra en pensadores como Vitoria o Suárez, pero sobre todo en espíritus tan vigorosos y tan fieles a una Realismo Trascendente como el de Santa Teresa o de San Juan de la Cruz.

En los siglos posteriores a nuestro llamado Siglo de Oro no es la especulación cartesiana (causante de tanta frustración personal e inhibición so-

cial) la corriente que priva en las academias y universidades españolas y sí comprometedoras reflexiones sobre el ¿qué puedo hacer por el otro para justificar mi propia vida?

Este último es un posicionamiento que, entonces, rehuían calvinistas y puritanos quienes, desde Suiza, Holanda, Inglaterra o Francia y al amparo de una pretendida “ley natural” del favoritismo divino, apadrinan el nacimiento y consolidación de la “profesión capitalista”.

III. EL HIDALGO Y EL BURGUÉS

En carta a “la Reina Doña Juana y al Emperador Carlos V, su hijo”(10 de julio de 1519), frente a la tarea que asume y espera, Hernán Cortes manifiesta su principal preocupación: “Veán vuestras reales majestades si deben evitar tan gran mal y daño (el de las terribles injusticias que observa en el Nuevo Mundo) y si cierto Dios Nuestro Señor será servido si por manos de vuestras reales altezas estas gentes fueran introducidas e instruidas en nuestra muy santa fe católica y conmutada la devoción, fe y esperanza que en estos sus ídolos tienen en la divina potencia de Dios; por que es cierto que, si con tanta fe, fervor y diligencia a Dios sirviesen, ellos harían muchos milagros...”

Fue el de Cortés un estilo de “conquista” muy distinto al de Drake, Raleigh, Hawkins o Morgan, siempre obsesionados por el botín a cualquier precio.

No se descubre ningún secreto si se recuerda cómo fueron los piratas (corsarios, filibusteros, bucaneros...) los que abrieron el camino de lucrativos atropellos de pueblos enteros a la pujante burguesía de Inglaterra, Ho-

landa o Francia: “Contrabando de esclavos, saqueo de ciudades, asalto de navíos, en los hechos; rufianes y bandidos, aventureros, geniales marinos, hombres de empresa, financieros y hombres del Estado, la misma reina en cuanto a las personas...”

La “legalidad” de la colonización inglesa, holandesa e, incluso, francesa se ampara en lo que pomposamente se llamó razón de estado y que, de hecho, era una válvula de escape a la “razón de la fuerza”. Ciertamente de ello no se libró una buena parte de la colonización española, pero siempre, o casi siempre, con el peso de una cierta sed de “universalización de Fe y de la Cultura”.

Los resultados avalan esa substancial diferencia. Fueron, de hecho, dos estilos de vida los que se enfrentaron y que, cada uno por su lado, pretendieron hacer historia.

En el estilo de Drake, Raleigh y otros muchos ejecutores de la política imperial de Isabel I de Inglaterra privaba el beneficio rápido al precio de destruir o humillar al competidor, de aniquilar o esclavizar pueblos enteros, de traducir sagrados valores en “razón de estado”, etc. etc.

Sin llegar a una idílica reproducción de Utopía, lo de Hernán Cortés, de otros “conquistadores” y de sus patrocinadores fue muy distinto: en la Nueva España, en Perú, en una buena parte del cono sur americano... se mezclaron las razas, se fundaron escuelas, se cultivaron valores de armonía y convivencia e, incluso, se establecieron lazos comerciales y relaciones laborales en una relativa autonomía por ambas partes y al margen de eso que ahora se llama darwinismo social y entonces era simple expresión del “auri sacra fames” tan caro a la burguesía y que ha hecho correr tanta sangre inocente

Ciertamente que, tanto en Iberoamérica o en otros marcos de la presencia española como en la Metrópoli, hubo tam-

bién atropellos y sangrientos abusos por parte de nuestros antepasados. Pero la historia da testimonio de una radical diferencia en el modo de obrar y “hacer empresa” entre el español y el inglés, holandés e, incluso, francés.

Son muchas las referencias históricas sobre la radical diferencia en las pautas de acción de unos y otros. A título de ejemplo, recordamos a Salvador de Madariaga (Auge y Ocaso del Imperio Español en América): “Un buen fraile (se refiere Madariaga a Motolinia), tan amante de la verdad como de la caridad, rinde al instante justicia a los conquistadores y encomenderos que no cayeron en el vicio de los demás: ‘Yo sé y veo cada día que hay algunos españoles que quieren más ser pobres en esta tierra, que, con minas y sudor de indios, tener mucho oro; y, por esto, hay muchos que han dejado las minas. Otros conozco, que de no estar bien satisfechos de la manera como acá se hacen los esclavos, los han ahorrado. Otros van modificando y quitando mucha parte de los tributos tratando bien a los indios. Otros se pasan sin ellos porque les parece cargo de conciencia servirse de ellos’”. Si es forzoso reconocer que las grandes industrias y primeras “multinacionales” obtuvieron la mayor parte de sus recursos merced a un incondicionado afán de acaparamiento y a otros inconfesables medios (la principal actividad de la “multi-nacional” Compañía de las Indias Occidentales fue la trata de esclavos) también lo es que toda una cultura de la convivencia y de la confluencia de energías nació y se desarrolló en paralelo merced a la generosidad y entrega de unos pocos.

En esa realidad histórica se aprecia la radical diferencia entre el “hidalgo” que sueña con impartir valores trascendentes a costa del propio sacrificio y el “burgués” al que solamente motiva el beneficio inmediato y a cualquier precio.

IV. LA TENTACIÓN MATERIALISTA

Cuando Anselmo Lorenzo, líder “obrerista” español, visita a Carlos Marx (1870, Londres), se muestra sorprendido e, incluso desconfiado ante el caudal de “ciencia burguesa” que derrocha el padre del “socialismo científico”.

A juicio de nuestro compatriota, para humanizar el mundo del trabajo sobra el referirse a Hegel o a Adam Smith y Ricardo; y le extraña ver cómo Marx se pierde en la maraña de leyes dialécticas y componen das económicas sobre las cuales pretende edificar su materialismo y subsiguiente revolución proletaria.

En España, que se abría lentamente a nuevos modos y medios de producción, entre las víctimas del hacinamiento, el atropello y la improvisación, encontró eco la predicamenta visceral de un tal Fanelli, discípulo de Bakunín, el célebre teorizante del “comunismo libertario” o anarquismo.

Se abría España a la revolución industrial en un clima de carencias ancestrales para los más débiles, esos mismos que resultan fácil señuelo para los predicadores

de facilonas, efímeras y ruidosas libertades; son libertades imposibles porque nacen sin raíces en lo más real del propio ser y, por lo mismo, pretenden crecer desligadas de una seria reflexión personal.

Eran aquellas unas rebeldías elementales en que poca fuerza tenía la fiebre racionalista que privaba entonces en los grandes movimientos ideológicos de otros países ya más desarrollados que España. Era el nuestro un terreno escasamente abonado para idealismos hegelianos o marxistas.

Era la España que no se encuentra cómoda en el papel de sombra de Europa a que parecen condenarla no pocos teorizantes de entonces, la España que siente en sus entrañas la necesidad de roturar caminos propios para perseguir su realización, la España creyente y escasamente burguesa, la España que hace de la Religión su principal preocupación incluso para presumir de irreligiosa.

Se hablaba entonces de la Primera Internacional, víctima a poco de nacer de la rivalidad entre Miguel Bakunín y Carlos Marx. Ambos habían soñado con capitalizar las inquietudes sociales de los españoles: el primero envió al citado Fanelli y Marx a su hija Laura y al marido de ésta, Pablo Lafargue.

Sabemos que, en los primeros movimientos españoles de rebeldía, privaba el “anarco-sindicalismo” sobre el llamado socialismo científico. Muy probablemente, inclinaron la balanza a favor de este último personajes como Pablo Iglesias (1850-1925), marxista ortodoxo en la línea de Julio Guesde y Lafargue; la tal ortodoxia sufrió substanciales modificaciones a tenor de estrategias electoralistas de divulgadores como Indalecio Prieto o Besteiro, quienes, de hecho han orientado al socialismo español a posiciones cercanas o lo que hoy se conoce como

socialdemocracia; son actualizaciones que encuentran paralelo en casi todas las corrientes colectivistas de los países industrializados.

Una rápida visión sobre la evolución del colectivismo en España nos muestra como ha sobrado espontaneidad irreflexiva o adhesión electoralista y ha faltado originalidad en la precisión de la teoría: sin reservas, puede decirse de cualquiera de las variantes del colectivismo español que es doctrina estrictamente foránea.

Lo es también el LAICISMO RACIONALISTA que los divulgadores españoles del colectivismo practicaron y contagiaron a sus seguidores. Aun hoy, cualquier colectivista que se precie, presumirá de agnóstico cuando no de apasionadamente irreligioso, detalle que pone de manifiesto en ocasiones solemnes como la “promesa” de un cargo público en lugar de un rotundo y comprometedor juramento.

La evidente escasez de raíces autóctonas en la formulación del colectivismo español (socialismo o comunismo) es el resultado de diversas circunstancias.

Reparemos en cómo, allende los Pirineos, la evolución de las teorías e ideas sufrió el fuerte impacto de la corriente burguesa entre nosotros diluida por peculiares sucesiones de largos acontecimientos como la invasión musulmana, la forzada convivencia entre muy encontradas formas de entender la vida, la ausencia de genuino feudalismo, la llamada Reconquista, el descubrimiento, subsiguiente colonización y evangelización de nuevos mundos, las fuertes vivencias religiosas...

Por demás, el “espíritu del capitalismo” no contaba con apoyos “morales” al estilo de la teoría calvinista de la predestinación o con ligeras conciencias como la de cuantos amasaron inmensas fortunas en enormes cam-

pos de trabajos forzados o en los primeros siniestros montajes industriales.

Por los avatares de su propia historia, resultó difícil que en España prendiera ese desmedido vuelo de la fantasía que se autocalificó de “idealismo especulativo” y cuya paternidad hemos podido otorgar a la ideología burguesa o ARTE DE ENCERRAR A LO TRASCENDENTE EN LOS LIMITES DE LO MEDIBLE.

Ello no quiere decir, ni mucho menos, que España haya marginado las grandes preocupaciones de la vida y del pensamiento; tampoco quiere decir que haya negado su atención a los trabajos de los más celebrados pensadores extranjeros. Recordemos cómo nuestro buen pensar y hacer tiene ilustres referencias que, en ocasiones, han resultado ser piedras angulares de concordia universal; cómo marcan peculiares cauces de modernidad pensadores españoles al estilo de Luis Vives, Francisco Suárez, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Cervantes, Balmes, Donoso Cortés, Unamuno, Ortega, Zubiri...

Expresamente, entre los grandes pensadores de la “Modernidad”, hemos incluido a los “místicos” españoles más celebrados en todo el mundo. Hemos de reconocer que, en su trayectoria vital e intelectual, estuvo presente un riquísimo mundo de ciencia política, arte, filosofía, teología.... a las que veían y aceptaban como campos de acción para un progresivo acercamiento a la propia razón de ser del Hombre.

Aun hemos de recordar cómo en la época más fecunda de nuestra historia, la madre España pare a Don Quijote, engendrado por un “espíritu renacentista” el cual, a diferencia de otros “espíritus nacionales” del Renacimiento, se niega a incurrir en el esclavizante culto al Acaparamiento, padre de tantas y tantas campañas de desarrollo capitalista: es don Quijote, recordemos, el caba-

llero antiburgués que se alza contra los “hidalgos de la Razón” (Unamuno).

Gracias a todo ello, resulta difícil en España la consolidación de una irreal vida que pudiera imponer el gregarismo, sea éste respaldado por los grandes nombres de la cultura racionalista. Muy probablemente, el español medio no sea ni mejor ni peor que el pakistaní o el islandés medio... pero cierto que, con carácter general, no ha desertado aun de su compromiso por proyectar algo de sí mismo hacia una pequeña o grande parte de su entorno.

Pero España se “desvertebra”, que podría decir Ortega. Con la progresiva desvertebración de España coincide una ostensible ignorancia de lo propio por parte de no pocos intelectuales situados. Es así cómo, con progresivas raíces en las capas populares, llegaron a España las secuelas de la Reforma, del Racionalismo tardío y de las diversas formas de hedonismo que parecen anejas a la sociedad industrial: desde el siglo XVII son abundantes los círculos “ilustrados” que hacen de la cultura importada su principal obsesión.

Es así como cobran audiencia los clásicos santones del capitalismo individualista (colectivista también por la conciencia gregaria que en él se alimenta), del enciclopedismo o del socialismo, todos ellos aliñados con un visceral odio a la Religión.

Pronto, estudiosos habrá en España que echen en falta un sucedáneo de la Religión con fuerte poder de convicción: habría de ser una especie de puente filosófico entre los grandes temas de la cultura y la práctica mitinera.

Para cubrir tal laguna hubo gobierno que, admirador fervoroso del moribundo idealismo alemán, creó becas ad hoc.

Beneficiario de una de ellas fue Julián Sanz del Río (1814-1869). Cuando llegó a Alemania, Sanz del Río ya

sentía extraordinaria simpatía por un tal Krause, oscuro teorizante del idealismo tardío.

Lo de Krause, profundamente burgués y nada “meridional” (recuérdese el “meridional” o greco-romano entronque de nuestra cultura), quería ser una posición de equilibrado compromiso entre el más exagerado idealismo y las nuevas corrientes del materialismo panteísta. Sanz del Río se propuso propagarlo en España desde el soporte que le brindaba un Catolicismo de circunstancias al que no quería renunciar.

El krausismo que divulgó en España Sanz del Río quería ser más que una doctrina, un sistema de vida. Y hete aquí como un pensador de tercera fila cual era considerado Krause en el resto de Europa, a tenor de la protección oficial, en España fue presentado algo así como el imprescindible alimento espiritual de los nuevos tiempos: era una especie de religión hecha de sueños idealistas y de apasionados recuerdos históricos aplicables a la interpretación de todo un cúmulo de inventados determinismos. Pronto, de la mano de Giner de los Ríos, el “Instituto Libre de Enseñanza (1876)” se convertirá en un privilegiado reducto del “modernismo”.

Nace así lo que podría ser considerado el principal foco de la “Intelligentsia” española, a cuya sombra se desarrolla la trayectoria intelectual de personajes como Salmerón, Castelar, Pi y Margall o Canalejas.

Si bien está prácticamente olvidado entre la mayoría de los españoles, no faltan teorizantes de relevante poder político que hacen del krausismo una base doctrinal diametralmente opuesta a la enseñanza religiosa.

Por su breve y teatral trayectoria, el krausismo nos ha dado la prueba de los limitados horizontes que España abre a una “sistemática fe materialista”, condición esen-

cial para la implantación de cualquier forma de colectivismo.

Aun así, en la reciente historia del pensamiento español, no se cuenta con otra doctrina laica que pueda competir con las lánguidas pervivencias del krausismo, a excepción, claro está, de las variadas derivaciones del pensamiento marxista.

Falto, pues, de raíces para convertirse en “alimento espiritual” o catálogo de respuestas a los problemas del día a día, no se puede decir que en España cualquiera de las formas del colectivismo presente poderosa base argumental contra la creencia en la necesaria personalización a través del trabajo solidario, la libertad responsabilizante y la fe en el sentido trascendente del ser y del vivir.

Pero, ciertamente, no han faltado en España refugios dialécticos para hablar, hablar y no salir del mundo de los tópicos y homologaciones al uso de las necesidades del momento hasta convertirse en la etiqueta de un grupo con afán de gobernar o de mantener el poder. O una plataforma de largas divagaciones en las que dancen conceptos e intenciones, pero nunca reales apuntes sobre el sentido de la vida humana, ni tampoco sobre un posible compromiso nacional a tenor de nuestra trayectoria histórica y nuestra escala de valores.

Probablemente, muchos de los que todavía gustan de llamarse socialistas (no olvidemos que es el socialismo la más poderosa de las actuales corrientes de colectivismo) no han captado la genuina y valiosa aportación que nuestro “Genio Nacional” brinda a la ineludible tarea de desarrollar tanto el progreso asequible a los españoles como la participación personal y comunitaria en esa exigencia de los tiempos: proyectar trabajo solidario y libertad hasta donde llegue nuestro foco de influencia.

TERCERA PARTE

**TRANSICIÓN Y AGONÍA
DE ESPAÑA**

I. LOS FANTASMAS DEL FRANQUISMO RESIDUAL

A la muerte de Franco (el “Viejo Dictador”, como se le sigue llamando), pocos pensaron en seguir su línea de acción: a la “democracia orgánica” sucedería la “democracia representativa” presidida por el “heredero”, Juan Carlos I de Borbón: Monarquía Representativa, Partidos Políticos, Parlamento, libertad de asociación, reconocimiento de las “particularidades regionales”...

¡Franco ha muerto, viva, pues, la Democracia! Nada que objetar salvo al tópico que privó en los primeros tiempos de la transición y que, muchos años más tarde, sigue siendo el argumento preferido de utopistas y reaccionarios: Franco lo habría hecho así, luego es lo contrario lo que corresponde hacer. Y para que cobre peso su argumentación, identifican toda la trayectoria franquista con el fascismo o con los caprichos de cualquier tiranuelo en activo.

Lo viejo es despreciable por “facha” y tiránico mientras que lo nuevo es lo único válido no por su contenido sino, precisamente, por la irrenunciable rebeldía contra lo viejo. Los oportunistas de la nueva ola incluirán en lo que llaman “franquismo residual” todo lo que no compa-

gina con sus apetencias particulares. Y serán fruto del “franquismo residual” las propuestas de una Burocracia más en armonía con la eficacia y la geografía que con desorbitados particularismos; los lamentos por la desvertebración de España; las alusiones a una Ley electoral que abra el camino a directas y continuas responsabilizaciones en lugar de fiarlo todo al “tirón” del candidato, ligero en promesas “hechas para no ser cumplidas”; las reservas respecto a precipitadas o circunstanciales “homologaciones” con la forma de hacer política en Francia, Estados Unidos o Japón...

Aunque, en múltiples casos, ello esté en las antípodas de lo que Franco proyectaba y hacía, el señalar que la calle no puede ser del que más grita; que no hay nación que aguante la confusión entre nobles aspiraciones y las fobias terroristas; que las organizaciones sindicales deben circunscribirse al ámbito estrictamente laboral; que el derecho a la vida de los aún no nacidos es un derecho natural; que los líderes de la economía mundial no son hermanitas de la caridad; que el Poder Legislativo debe hallarse en situación de moderar los abusos y corrupciones de los gobernantes; que se ha de velar por que el Poder Judicial no acepte otro marco de acción que el de las propias leyes; que el incremento del producto interior bruto ha de ir en paralelo con la demanda mundial y no con el capricho de las naciones mejor situadas; que la verdad absoluta no es patrimonio de ninguna ideología partidista; que el poder político es un servicio y no una garantía de impunidad; que todos los particularismos han de estar supeditados al interés general... para oportunistas y simples, para los que se encuentran cómodos en una que se podría llamar “democracia inorgánica”, tales consignas o propósitos eran y siguen siendo muestras de FRANQUISMO RESIDUAL.

II. APRENDICES DE CAUDILLO EN DEMOCRACIA

La Democracia que, fundamentalmente, es participación en las decisiones que afectan a los derechos de la persona y al bien de la comunidad según las exigencias del momento político, requiere un azuzamiento del “es-píritu generoso” y de la capacidad de re flexión de cada ciudadano. El simple número de votos no hace demócra-tas a los que esperan agazapados la ocasión de hacer rea-lidad los caprichos de su ego.

Precisado un compromiso de realización personal (puesto que yo soy así estoy obligado a obrar en con-secuencia), el ciudadano con plena conciencia de su po-der y de su libertad, debe situar al profesional de la polí-tica justamente en el lugar que le corresponde: este pro-fesional de la política no es NI MAS NI MENOS que un servidor de la comunidad en el obligado respeto a la LI-BERTAD RESPONSABILIZANTE de sus conciudadanos y en el tratamiento de las cosas y de los problemas de ca-da día.

Pero ese Gestor Público, asentados “sus reales” en la cumbre del poder, ya está en situación de manejar in-

finitos hilos de vanidades, caprichos y ambiciones; es cuando, muy difícilmente, resiste a lo que se llama erótica del poder: en mayor o menor medida vivirá el posible debilitamiento de su propia escala de valores (si es que la tenía bien definida y asumida) para incurrir en lo que podríamos llamar el “síndrome de la autocomplacencia”, hasta, probablemente, llegar a considerarse a sí mismo como lo único importante.

Es ése un proceso repetido hasta la saciedad en el mundo de la Política. Se encuentran inequívocos ejemplos en cualquier autocracia, pero, también, en las democracias, por muy “representativas” que éstas sean. Sabemos que la degeneración personal, si es un peligro anejo a la propia condición humana, encuentra su mejor caldo de cultivo en las “altas esferas” a las que también se accede democráticamente: EL PODER CORROMPE, se ha dicho con bien justificada contundencia.

Para que, en nuestra Democracia, el “síndrome de la autocomplacencia” despierte complicidad no se precisa más que el incensario de unos cuantos paniaguados estratégicamente situados en las esferas de influencia del propio partido y de una teórica oposición “circunstancialmente complementaria”. Desde ahí ya es posible domesticar a los otros poderes, amañar los procesos electorales (aun en el caso de transparentes recuentos), despilfarrar sin medida, mentir “institucionalmente”, ignorar elementales derechos de los otros... en suma, ejercer una más o menos velada forma de tiranía.

Por ello, en el COMPROMISO DEMOCRÁTICO de la mayoría es tan importante la capacidad de juicio para analizar virtualidades, trayectorias y comportamientos de los candidatos a la función pública y, por el contrario, resulta clara muestra de complicidad con la tiranía (sea o no de raíz democrática) una adhesión incondicio-

nal por ciega devoción a lo aparente, rutina, pereza, envidia u obsesiones de revancha.

En la Democracia Española el líder del partido en el Gobierno tiene facultad para nombrar a todos los integrantes de la Pirámide Ejecutiva; no encuentra serias dificultades para situar al “adicto incondicional” en la cúpula de los otros poderes, incluido el financiero. También y puesto que es la primera e indiscutible autoridad de su partido, tiene derecho de propuesta o veto para confección de todo tipo de listas electorales (genera les, autonómicas, municipales, etc...).

Las particulares circunstancias de nuestra Democracia (piramidal, plebiscitaria y de listas cerradas) permite al líder favorecido por la mayoría de votos, marcarle cauces dogmáticos a la economía, situar a todos sus amigos en las esferas de poder; manipular los medios de información para alterar los valores en uso en función de sus obsesiones, prejuicios o “confluencias ideológicas”; convertir a las “cámaras de representación popular” en caja de resonancia de sus buenas o malas decisiones, frenar o desviar el curso de la justicia en beneficio de sus amigos...

De hecho, en el ejercicio de su poder, disfruta de todas las prerrogativas de un caudillo sin otro requisito previo que el de mantener la connivencia de un suficiente número de diputados.

En estas circunstancias, desde la jefatura del poder se maneja o se puede manejar todos los controles de la vida pública: los diputados de su partido son pupilos suyos en cuanto que, gracias al poderoso dedo del jefe, lograron un ventajoso puesto en las listas. Si la mayoría es absoluta no habrá ninguna eficaz objeción a determinada iniciativa o capricho; si no lo es, el recurso al mer-

cadeo allana no pocas dificultades para navegar, incluso, contra la corriente popular.

Logrado un suficiente número de votos y sin relevante contra-poder por cuatro años (y muchos más si se acierta a manipular los resortes de la opinión pública y, con la adecuada palabrería, se neutraliza la capacidad crítica de tibios, fieles y simpatizantes), es posible mantener impunemente posicionamientos al estilo de “basta que tú (oposición) propongas esto para que yo (poder) imponga lo contrario”.

No varía substancialmente la cuestión en el hipotético caso en que el jefe de gobierno lo sea por acuerdo entre dos o más partidos: en el actual estado de cosas y puesto que los respectivos jefes de partido han entrado en la rueda de conveniencias, respaldarán cualquier decisión del jefe supremo el cual marcará la pauta al Parlamento, justo lo contrario de lo que propugnó Montesquieu y, con él, todos los defensores de una democracia no hipotecada por la inercia de los intereses partidistas, que suelen ser los intereses o debilidades de los líderes.

No irían así las cosas si, al menos y en ocasiones de notable trascendencia, el voto en el Parlamento fuera realmente libre y según los dictados de la conciencia de cada Diputado. Claro que, para resultar mínimamente libre, ha de ser secreto.

¿Sería mucho pedir a los señores diputados que, en defensa de su propia libertad y de la elemental dignidad para un “legítimo representante de la voluntad popular”, exijan voto libre y secreto para cuestiones tan importantes como la investidura, leyes que vulneren determinados conceptos morales, el Presupuesto o un eventual voto de censura a la actuación del Jefe de Gobierno?

Institucionalizar esa mínima prerrogativa no implica ningún trauma legal: bastaría hacer uso de la elasticidad

dad del “Reglamento”. Claro que ello crearía un precedente no muy halagüeño para cuantos aspiran a disfrutar del poder merced a un entramado de intereses cuidadosamente hilvanados y cuya consistencia sigue asegurada por el voto servil.

Si, además, sucede que los altos organismos judiciales cubren sus vacantes a propuesta del parlamento, caja de resonancia de la voluntad del jefe... Entre los jueces y los interesados en serlo, se crea un camino de ejercicio profesional y de promoción muy difícilmente “sintonizable” con el Bien Común. Y pierde su positivo carácter lo que se llama “equilibrio de poderes” hasta el punto de que el “natural ejercicio de la independencia judicial” llega a ser considerado una genial heroicidad.

A la sombra del Aprendiz de Caudillo sufre la precisión y contundencia de las leyes junto con los eficaces y rápidos sistemas de su aplicación.

Claro que existen países democráticos en los cuales las leyes tienen más fuerza que los posicionamientos políticos, por muy altos que éstos sean. En momentos cruciales de nuestra reciente historia, por desgracia, no se ha dado tal situación: entre nosotros, personajes bien notorios han logrado “saltarse a la torera” todo el aparato jurídico. Sin sacar a colación archisabidos escándalos de la vida pública choca al buen juicio democrático eso de la inmunidad parlamentaria sobre cuestiones tan obviamente criminales como la connivencia con el “terrorismo de Estado” o el uso de los fondos públicos para enriquecer a delincuentes.

Claro que el tentado a ejercer de “caudillo” debiera reconocer que lo suyo es PROVISIONAL: su permanencia en el Poder depende de la suma de votos en la próxima confrontación electoral.

Pero no todos los candidatos o ejercientes de poder, justo es decirlo, sucumben a la tentación de “caudillismo” (de ello ya tenemos pruebas históricas), de donde se deduce que, en una Democracia como la nuestra, contra los vicios y atropellos del caudillaje ocasional no cabe otra defensa que la SAGACIDAD DE LOS VOTANTES.

III. EL FRACASADO INVENTO DE LOS “NUEVOS VALORES”

Ya desde muy antiguo, se ha considerado un disparate desligar la política de la moral. Y, frente a lo que el maestro Ortega llamaba “moral extravagante”, debiéramos ser capaces de vivir al amparo de una moral concordante con la realidad de nuestra razón de ser y de nuestra vocación, debiéramos ser capaces de responder a la *“incitación de un nuevo programa de vida”*.

Ésa es la cuestión, nos responde el tan citado y admirado Ortega y Gasset. Pero *“Europa (España es parte de Europa, recordémoslo), nos sigue diciendo Ortega, se ha quedado sin moral. No es que el hombre-masa menosprecie una anticuada en beneficio de otra emergente, sino que el centro de su régimen vital consiste precisamente en la aspiración a vivir sin supeditarse a moral ninguna. No creáis una palabra cuando oigáis a los jóvenes hablar de la “nueva moral”. Niego rotundamente que exista hoy en ningún rincón del Continente grupo alguno informado por un nuevo ethos que tenga visos de una moral. Cuando se habla de la nueva, no se hace sino cometer una inmoralidad más y buscar el medio más cómodo para meter*

contrabando. Por esa razón, fuera una ingenuidad echar en cara al hombre de hoy su falta de moral. La imputación le traería sin cuidado, o, más bien, le halagaría. El inmoralismo ha llegado a ser de una baratura extrema y cualquiera alardea de ejercitarlo”.

Son reflexiones de Ortega hace ya más de setenta años (LA REBELIÓN DE LAS MASAS). Setenta años de rotunda experiencia sobre la falsedad de los fundamentalismos materialistas, vaciedades idealistas, criminalesismos de uno u otro color, exacerbados nacionalismos, utopías con el terror como moneda de cambio... todo ello protagonizado por un ser humano duro de mollera para reconocer los errores de que hizo norma de vida.

A estas alturas de nuestra reflexión, ciertamente, no compartimos el pesimismo de Ortega y Gasset y seguimos creyendo que, en el plano espiritual y a pesar de todos esos negros capítulos que algunos hemos vivido directamente, algo hemos progresado en los últimos veinte siglos y no preguntamos: ¿qué es la moral?

Desde la óptica puramente laica (entre cuyos maestros hemos de aceptar a Kant) se pueden distinguir dos especies de moral: la Moral Subjetiva, cuya sinceridad es extraordinariamente difícil de medir y la Moral Objetiva: Obra de tal suerte que tu proceder pueda servir de inspiración a una norma universal. Esta (no tan laica) acepción de la Moral nos sitúa en lo que se llamó y se llama Derecho Natural.

El Derecho Natural se funda en el porqué y el para qué de las cosas y deberá inspirar una JURISPRUDENCIA NATURAL que convalide la Moral Objetiva, ya ahora MORAL NATURAL.

Esa Jurisprudencia Natural deberá constituir el irrenunciable marco protector de los derechos naturales “más elementales”: el derecho a la vida de todos los seres hu-

manos sin excepción es un Derecho Natural; su alimento suficiente, su vestido y su alojamiento... son derechos naturales. También es Derecho Natural el libre desarrollo de sus propias facultades. El respeto a tales derechos constituye principal exigencia para cualquier político mínimamente moral.

Ello le obliga a no propiciar leyes permisivas sobre hipócritas fantasías hedonistas como el aborto o la degradación del sexo, a no brindar facilidades para el acaparamiento de bienes que no han cubierto las estrictas necesidades de los más débiles, a respetar los requerimientos de una racional economía cuyo fruto es el consecuente y continuado progreso material equitativamente distribuido. También le obliga a facilitar el desarrollo de las diversas capacidades de forma que la *libertad responsabilizante* ocupe el lugar que le corresponde en los asuntos de cada día.

No es ésa la situación que, durante unos cuantos años, vivió la “agónica” Democracia Española: Se acusaba la impronta de una particular forma de administrar bienes y libertades de los españoles. Infinitas ilusiones prendidas en el aire, sin consistente raíz en los propósitos íntimos (compromiso moral) de los “hacedores de opinión” y como pauta de conducta los principios derivados de ese materialismo que niega la responsabilidad personal en la marcha de la historia y achaca los grandes males a la tan manida y retórica “conciencia colectiva”. Claro que, al respecto se cuenta no la autoridad y “razones” de los gurús de la moderna intelectualidad.

Obras son amores y no buenas razones, máxime cuando estas mismas “razones” huyen de cualquier contraste con la realidad inmediata: basan su fuerza de convicción en grandilocuentes afirmaciones al estilo de “no hay otra

verdad que la nuestra” o en innobles retruécanos como “el otro es malo e incapaz, luego yo soy bueno y sé hacerlo bien” a la para que asistimos a una sistemática ridiculización de valores a los que la libre reflexión considera en radical sintonía con la Realidad y que, con toda evidencia, han acompañado a las más productivas y generosas acciones humanas.

Ello significa un gratuito enfrentamiento con la genuina realidad del HOMBRE, ser que vive en hambre de libertad y que, para avanzar hacia su plenitud, necesita la forja en el trabajo solidario y en la proyección social de lo mejor de sí mismo, tareas imposibles sin el aliño de una fe en el sentido trascendente de la propia vida. No es una fe prendida en el vacío: su primera referencia está en la propia naturaleza humana, su más valioso aval es presentado por la Historia (es infinito el rosario de fracasos de cuantos hombres y sociedades han pretendido edificar algo consistente desde cualquier especie de idealismo irracional.

La ridiculización de lo que llamamos “sagrados y perennes valores” (la libertad, el trabajo solidario, la generosidad, la conciencia de las propias limitaciones...) se da de bruces con la necesidad de la proyección social de las propias facultades. Muy poco se puede hacer sin sentido del sacrificio y del carácter positivo de todas y de cada una de las otras vidas humanas.

Obviamente, de la complementariedad entre unas y otras actividades y vocaciones, sin freno irracional para su posible desarrollo, se alimenta un Progreso, cuya meta habrá de ser la consecuente conquista de la Tierra.

Pero son muchos los que contrapesan a los valores constructivos algo que podríamos identificar con la añoranza de la selva. El simple animal aun no ha captado el sentido trascendente de la propia vida, ni el valor de la

generosidad o del sacrificio consciente y voluntario en razón del propio progreso... y trata de ridiculizar (¿envidia, tal vez?) un realista y generoso posicionamiento ante los avatares del día a día.

Evidentemente, la estudiada deshumanización de la vida personal, familiar y comunitaria favorece el adocenamiento general con la consiguiente oportunidad para los avispados comerciantes de voluntades: si yo te convengo de que es progreso decir que no a viejos valores como la libertad responsable o el amor a la vida de los indefensos, el dejarte esclavizar por el pequeño o monstruoso bruto que llevas dentro... si elimino de tu conciencia cualquier idea de trascendencia espiritual... tu capacidad de juicio no irá más allá de lo breve e inmediato; insistiré en que las posibles decepciones no son más que ocasionales baches que jalonan el camino hacia esa anquilosante y placentera utopía en que todo está permitido.

Para que me consideres un genio y me aceptes como guía, necesito embotar tu razón con inquietudes de simple animal. Pertinaz propósito mío será romper no pocas de tus “viejas ataduras morales”.

Para cubrir el hueco de esas “viejas ataduras morales” es preciso presentar monstruosas falacias que “justifiquen” bárbaros comportamientos. Ideólogos no faltan que “mezclan churras con merinas” y confunden al Progreso con cínicas formas de matar a los que aun no han visto la luz (el aborto) o “ya la han visto demasiado” (la eutanasia o “legal” forma de eliminar a ancianos y enfermos de difícil cura).

Otra “expresión” de Progreso quiere verse en la ridiculización de la familia estable, del pudor o del sentido trascendente del sexo. Se configura así un nuevo catálogo de “valores” del que puede desprenderse como he-

roicidad adorar lo intrascendente, incurrir en cualquier exceso animal, saltarse todas las barreras naturales o exaltar la esterilidad del amor llegando a presentar el aborto como un “legítimo derecho” de los padres.

Al terrible pisotón que se infringe al más inviolable de los derechos de todo ser concebido dentro de la familia humana se añade un evidente atentado al Bien Común puesto que todos y cada uno de nosotros, por el simple hecho de disponer de razón y de irrepetibles virtualidades, representamos un positivo eslabón para el Progreso.

No hay, pues, ninguna razón para castrar las posibilidades de expansión de la Humanidad, cuyo desarrollo ha encontrado siempre positivo eco en la respuesta de tal o cual virtualidad de nuestro Planeta; solamente el torpe acaparamiento, la inhibición o la mala voluntad de los poderosos es responsable de la destrucción o mal uso de los bienes que la naturaleza brinda a todos los seres humanos y, también, de la pervivencia de tantas calamidades y de tantas miserias que acosan a nuestra sorda conciencia.

Sabemos ya que es mentira aquello que predicó Malthus de la progresión aritmética de los recursos naturales en paralelo con la progresión geométrica del incremento de la Población. Sabemos que la Tierra nos reserva aún muy sorprendentes pruebas de su prodigalidad, que una certera aplicación de las herramientas que facilitan el progreso técnico sitúa tal prodigalidad a la medida de las necesidades de toda la Humanidad... Que el Trabajo y la Solidaridad presentan viables soluciones allá en donde sea necesario. ¿En dónde, pues, radica el problema? En un torpe y estéril entendimiento del propio bien, en la obsesión sectaria de un ciego colectivismo.

Ante una breve consideración sobre los condicionantes del progreso económico ininterrumpido, vemos ya como sería amenaza para la supervivencia de las economías más desarrolladas tanto la apática inhibición personal (visceral zanganería) como la ignorancia de tantas posibilidades de expansión universal para las propias capacidades: ello implica justas contrapartidas que consolidarían nuestra actual posición a la par que una forma de cubrir tantas y tantas carencias de otros hombres.

En los planes de expansión de las economías nacionales debe figurar como prioridad esencial el no contravenir algo que puede entrar en el llamado equilibrio ecológico de que da sobradas pruebas la Naturaleza: según ello es discutible esa teoría tan enraizada en la sociedad de bienestar: se dice que ésta resulta seriamente amenazada sino se ponen cotos artificiales a la expansión de la Natalidad o que pone en conflicto el disfrute de la vida con el número de hijos lo que, evidentemente, se da de bruces con una elemental apreciación de nuestro entorno y, en el mejor de los casos, resulta una solemne majadería.

Habría una razón para el voluntario estrangulamiento de la futura proyección de la pareja (noble y natural consecuencia del amor) si ello facilitara una más placentera vida... ¿Quién puede afirmarlo desde la estricta racionalidad? ¿Por qué, entonces, desde las esferas del Poder, se desarrolla la cultura de la “ideal esterilidad del amor”? ¿Por qué, lo que es aun más grave, se facilita la degradación de las madres invitándolas a la pura y simple eliminación del fruto de sus entrañas?

¿Que esto nada tiene que ver con la Política? Por supuesto que sí: La cabal actitud de un gobernante depende de su escala de valores. Existen valores, repetimos, que la Realidad muestra como imprescindibles al au-

téntico Progreso y que constituyen un todo compacto de forma que la falta o adulteración de uno de ellos resiente la viabilidad del conjunto.

El desprecio a un derecho elemental facilita el camino del desprecio al resto de los derechos...

Si ya el día a día brinda múltiples ocasiones para la ruptura del COMPROMISO con los dictados de la propia conciencia... Ayúdeme, señor gobernante, a recorrer más airosamente el camino que me corresponde. No enturbie usted con su verborrea las luces que iluminan el camino de mi libertad.

IV. POLÍTICA, DINERO Y TRABAJO

Obviamente, los recursos de una Nación deben ser encauzados hacia la cobertura de las necesidades de cuantos la integran.

Dicho esto y reconocido que, sin libertad, no es posible una mínima optimización de esos recursos, al Poder Político, administrador de tales recursos y garante que debe ser del ejercicio de esas libertades, compete neutralizar y no promocionar la especulación estéril, el acaparamiento abusivo y el despilfarro (criminal por que, normalmente, se alimenta de ahondar las perentorias necesidades de los más débiles).

No es de recibo el que un Poder Político presente al dinero aventurero como más atrayente en detrimento del dinero eficiente o aplicado a la recolección, transformación y distribución de bienes. A la hora de elaborar presupuestos, legislar, promocionar o establecer sistemas impositivos... debería mostrar claro trato preferente a la función de crear y no a la de acaparar, abusar o destruir.

Cierto que nuestra economía aun vive a la sombra del cínico “*ius utendi et abutendi*”, ahora respaldado por

lo que, impropriamente, se considera “determinante entramado mundial de la Economía”. Pero un buen previsor y leal administrador cual debe ser el poder político, para reconciliarse con el servicio al bien común, usará de las herramientas que tiene a mano para que, efectivamente, los canales, modos y medios de riqueza (títulos, fábricas, máquinas, infraestructuras, bienes consumibles o no consumibles y dinero) caminen orientados hacia la más social rentabilidad.

El Poder Político cuenta (o puede contar) con el preciso conocimiento de las más perentorias necesidades sociales y también con poderosos y puntuales medios de acción: el aparato fiscal, la reglamentación del crédito y el uso de no pocos alicientes para la inversión productiva.

Por ello está en el deber de ingeniárselas para que, por ejemplo, el dinero más rentable sea aquel que se aplique a la efectiva creación de riqueza y, por consiguiente, a la multiplicación de los puestos de trabajo, cuya principal y más directa consecuencia habrá de ser una más equitativa distribución de esos mismos recursos con el consiguiente positivo tirón de toda la economía nacional.

Desde esta óptica, es forzoso reconocer que no merece el aprobado un político que, desde el poder, poco o nada hace por promover el desarrollo y subsiguiente proyección social del llamado Producto Interior Bruto. Claro que de este político poco se puede esperar si ese factor de acaparamiento e inflación que es el gasto público improductivo, más que ser reducido a su mínima expresión, se agiganta hasta alcanzar monstruosas dimensiones.

Ese tal político, para cubrir sus torpezas de mal administrador, suele acudir a lo que se llama emisión de deuda pública, recurso positivo cuando se aplica a la creación y mejoras de infraestructuras, fluidez del crédito,

educación e investigación, promoción de empleo... pero malévola trampa cuando su único objeto es cubrir la pervivencia e incremento de una costosísima y estéril burocracia.

La austeridad, transparencia y utilidad social del gasto público es elemental exigencia que los electores deben recabar de los elegidos, tarea harto dificultosa si estos mismos elegidos sufren de la borrachera de poder que imparte el Primer Gestor.

También es exigencia del Bien Común y directa responsabilidad del Primer Gestor que vividores, aventureros y especuladores tropiecen con serias dificultades para “vivir del cuento” o cometer impunemente sus acostumbradas tropelías; que el DINERO EFICIENTE y el TRABAJO SOLIDARIO (de empresarios y asalariados) encuentre los alicientes que les corresponde...

V. GIGANTE Y ANQUILOSADA BUROCRACIA

El descarado CRECIMIENTO DE LA BUROCRACIA, que premia y alienta fidelidades, es una realidad demasiado evidente en nuestra Democracia.

Cierto que el equipo gobernante debe ser compacto y responder unánimemente a las directrices de un Consejo cuya última palabra debe tener siempre el “Primer Gestor”, a su vez y ésta debiera ser constante exigencia de nuestra Democracia, responsable ante un Parlamento.

Por elemental imposición de la necesaria eficacia, ese Primer Gestor debe contar con atribuciones para nombrar a sus colaboradores, quienes, a su vez, podrán designar a los suyos dentro de un esquema con rigurosa precisión de número, funciones y nivel de responsabilidad.

Pero digamos que en el segundo nivel se acaba la política para dar paso a la administración de oficio a la que cabe exigir lo mismo que en otro tipo de empresa: competencia, rigor y productividad.

Tal línea de acción habría de extenderse a las distintas administraciones públicas.

Sabemos que, por virtud de las contraprestaciones a viejas y nuevas fidelidades, entre nosotros ocurre algo muy distinto: nuestras “designaciones a dedo” han superado cualquier nivel de escándalo tolerable en una Democracia. Si a eso se añaden las “nuevas necesidades administrativas” de las Comunidades Autónomas ya tenemos el medio millón de personas que han venido a incrementar la plantilla de nuestra Burocracia (justo lo contrario de lo que se planificó en los albores de la “Descentralización Administrativa”)

No está fuera de lugar el reparar en que no es solamente su prohibitivo costo el mal que nos deparan esos cientos de miles de innecesarios burócratas de ocasión endosados como una cuña en la vieja Administración Pública: es la parasitaria función que alimentan con privilegios, caprichos y torpezas.

Hasta ahora, los políticos en el Poder no han querido reconocer la fenomenal perogrullada de que el crecimiento del funcionariado acompleja las relaciones entre administrados y administradores a la par que resulta una burla de los poderosísimos y nada caros medios de tratamiento de la información.

Puede, incluso, llegar a ser un “grave despilfarro”, que por demás, no satisface a nadie: el propio funcionario debe reconocer que un presupuesto, por generoso que sea, tiene un límite, lo que quiere decir que cuantos más sean a menos tocan: pensemos en la eficacia de la gestión y que ésta sea remunerada pertinentemente (¿a cuánto tocarían de incremento en su sueldo los funcionarios realmente necesarios si, sobre el mismo presupuesto de hace diez años, la plantilla nacional global, más que incrementada en esos 500.000 nuevos puestos de dudosa necesidad, hubiera sido ajustada a las exigencias de una

“Administración Descentralizada” pertinentemente modernizada en su diario funcionamiento?)

Pero, la “máquina del Estado” sigue creciendo y devorando recursos en proporción inversa a su eficacia con el palmario resultado de un progresivo descontento de súbditos y burócratas.

Mucho se ha hablado en campañas y foros políticos sobre los remedios a la ineficacia y al despilfarro en la Gestión Pública; para “cortar por lo sano” ¿Sería mucho pedir a los profesionales de la Política la elaboración de una “Ley Orgánica” que redujera al mínimo realmente imprescindible la libre designación para los llamados “puestos de confianza”?

Un somero análisis de las funciones a desarrollar permite concluir que, sin atasco alguno para los asuntos del día a día (más bien lo contrario), se pueden fijar en un máximo de diez el número de ministerios, en cinco el de consejerías autónomas y ayuntamientos. Que mejorará la Gestión Pública (y ¿qué decir de la carga presupuestaria?) si se reduce al 10 % todos los nombramientos a dedo y a sus estrictas necesidades los edificios, oficinas, departamentos y personal propios de cada función.

Por demás, en nuestro aparato burocrático, contrariamente a como lo dicta la lógica y es practicado en cualquier tipo de empresa privada, con demasiada frecuencia, la fijación de sueldos y otros emolumentos depende del interesado: ¿cómo pedirle que, por un mínimo de vergüenza y ante la actual precaria situación en que se encuentra el Erario Público, aceda a que sus ingresos vayan en consonancia con la exigible productividad?

En cualquier entidad económica, gastar más de lo que se ingresa conduce a la bancarrota si la desproporción no obedece a bien estudiadas inversiones, que se traducirán en superiores ingresos, lo que, a un razonable pla-

zo, facilitará el equilibrio. Regla de oro de la buena gestión administrativa es marcarle un techo a los gastos “corrientes” de forma que el eventual déficit no tenga otra explicación que la de “necesidad coyuntural para responder a elementales ajustes del aparato productivo”.

Un somero análisis de los procedimientos administrativos del Estado en sus diversos estamentos (Poder Central, Autonomías, Ayuntamientos, Aparato Judicial, etc.) lleva a la conclusión de que, a todos los niveles, se incurre en una galopante multiplicación de gastos, en su mayoría, absolutamente improductivos e innecesarios.

No es de lugar la borrachera de números y sí el repaso a constructivas conclusiones: elimínense todas las inútiles duplicidades en tramitaciones, considérese a la Ley de Parkinson (eso de aumentar el personal a medida que disminuye el trabajo) como un peligroso cáncer diagnosticado a tiempo, establézcase por Ley y con proyección a las distintas administraciones tanto incentivos a la “productividad administrativa” como políticas de plantillas en sintonía con los nuevos medios de gestión y precisos recursos, considérese grave delito los desajustes presupuestarios y el despilfarro...

Caben no pocas medidas concretas: por ejemplo, formular una Ley Orgánica que, con el preciso objetivo de reducir substancialmente el Gasto Público “corriente”, determine la reducción a la mitad de las carteras ministeriales, a la cuarta parte las direcciones generales y, en no menor medida, los altos cargos de las administraciones “periféricas” y los diversos nombramientos discrecionales (cargos políticos que, normalmente, parasitan la eficacia de experimentados funcionarios y cuya supresión, porque llevan el marchamo de la ostentación o el capricho de los responsables de turno, no implican trauma social alguno).

En un necesario y realizable Compromiso Nacional habrá de abordarse una drástica reducción e, incluso, eliminación de los condicionamientos “políticos” en la función administrativa de ayuntamientos y comunidades autónomas de forma que, en el marco de las respectivas competencias, los elegidos cumplan, estrictamente, el papel que, en la empresa privada, corresponde al Consejo de Administración y Consejero Delegado; los restantes papeles habrán de ser cubiertos por especialistas y funcionarios de plantilla...: el servicio público saldrá favorecido, se habrá facilitado lo que hoy es una muy problemática escalonada coordinación de funciones y, lo que es obvio, perderán su actual cometido substanciales partidas presupuestarias con la consiguiente oportuna disponibilidad para gastos realmente productivos.

VI. LA FUERZA DE LA DEMAGOGIA

La tiranía de la Demagogia es, probablemente, el más sutil de los virus que amenazan la supervivencia de una Democracia: palabras, palabras, infinitas palabras, solamente palabras... que flotan por encima de la Realidad y amañan un “totum revolutum” sin otro objetivo que el de engañar para convencer.

La Demagogia se expresa en artificios retóricos al estilo de “te mereces todo aunque no hagas nada”, “los otros son malos, luego tú eres bueno”, “yo digo la verdad porque ¿sabes de dónde vengo?... o en torrentes de medias verdades en que se sumergen las secretas intenciones de acaparamiento, de corrupción, de crasa inoperancia o de abuso de poder.

La Demagogia se hace fuerte en tópicos e idealismos trasnochados, se recrea en la ignorancia colectiva y rechaza cualquier análisis en profundidad de la Realidad político-social del momento, algo que, frente al torrente de palabras, palabras y nada más que palabras, debiera ser elemental punto de partida para una libre y constructiva reflexión de cualquiera de nosotros.

El ciudadano responsable, sea cual sea su situación o nivel cultural, está obligado a “autovacunarse” contra la demagogia y sus más frecuentes expresiones, que suelen ser burdas, descaradas y superficiales disfraces de la MENTIRA.

La Mentira aspira a ser la alcahueta de la Democracia. Pueden ser mentira la división de poderes, la estimación de capacidades en los altos funcionarios, los méritos a considerar en la asignación de puestos en las listas, la teórica prevención de abusos, la información sobre los entresijos de la realidad económica, la imagen de las formas de vivir, hasta el proclamado resultado de las urnas... atrocidades verbales que, aliñadas por la demagogia, resultarán “evidentes” particularidades de la situación.

Una situación política apoyada en la demagogia no pasa de ser una soterrada y triste dictadura, en donde las sagradas libertades, una a una, son neutralizadas por lo que Tocqueville llamara “instintos salvajes de la Democracia”.

¿El remedio? difícil, muy difícil pero posible: conciencia de que eres parte importante en la solución, acercarte humildemente a lo que tú mismo entiendes por verdad, reflexionar sobre tu propia reflexión y, con derroches de generosidad, ejercer de crítico constructivo: no creo que exista otro camino para que, en libertad, cada uno de nosotros pueda desbrozar el grano de la paja en los discursos, programas, proyectos, etc. etc., de los políticos.

VII. FRENTE AL CÁNCER DE LOS PARTICULARISMOS

¡Claro que cada uno de nosotros, tan escasamente generosos, vela por sí mismo! Pero nos referimos a lo que el maestro Ortega llamó particularismos de instituciones y grupos.

En España, las exageradas muestras de particularismo regionalista no son más que “la manifestación más acusada del estado de descomposición en que ha caído nuestro pueblo” (esto lo dijo Ortega en 1921 y ya en el siglo XXI sigue obviamente vigente).

Si la “historia de la decadencia de una Nación es la historia de una vasta desintegración”, las razones y medios para superar tal decadencia han de ser buscadas en una progresiva integración. Claro que, para que esa integración pase de las palabras a los hechos, al poder político le corresponde la iniciativa en roturar caminos de ORIENTACIÓN UNIVERSAL para, luego delegar, descentralizar, coordinar en respeto a las respectivas libertades de iniciativa.

Quiere ello decir que, para romper la tendencia particularista tan esencial es dosificar la fuerza central como encauzar la fuerza de dispersión.

Castilla, también dijo Ortega, ha hecho a España y Castilla la ha deshecho: NO HACER NADA NUEVO y situarse en el particularismo con perpetua añoranza del pasado. Es un particularismo centralista que, de alguna forma, recuerda a Carlos III, educado en el racionalismo burgués, sátrapa ilustrado y obseso por la “originalidad” hasta el punto de que el conjunto de su obra, nos recuerda Ortega, es acaso el más particularista y antiespañol centralismo que ofrece la historia de la Monarquía (no fue ese el mensaje de un *progresismo de opereta* plasmado en la bonita canción “ahí está, ahí está la Puerta de Alcalá”).

Usar la fuerza nacional para fines de clase e institución y promover un “particularismo centralista” que despertó los particularismos dormidos de la “Periferia” fueron prácticas del “rey ilustrado” con el consiguiente efecto dominó que, con demasiada frecuencia, se ha traducido en “escapadas por la tangente”.

No basta la resonancia del pasado: es elemental una continua exigencia de compromiso personal. Es respetable todo lo personalizante (idioma, costumbres, historia, modos de pensar y obrar...) no lo es lo ramplonamente particularista como es la pedantesca ilusión por poseer mayor capacidad craneana o una más brillante capacidad para los negocios y esgrimirlo para marcar una disgregadora diferencia.

“Lo negativo de los nacionalismos más acusados, seguimos a Ortega y Gasset, no es su fervorosa preocupación por la diferencia, es el poso que les llega del particularismo central, éste, a su vez, alimentado por el terror a

perder el poder, que se toma como privilegio y no como posicionamiento para hacer y proyectar”.

Pero el particularismo de los pueblos al igual que el cerrado egoísmo de las personas pierde razón y fuerza cuando la INVITACIÓN COMUNITARIA presenta argumentos suficientemente gratificantes para romper las cerriles fronteras de la autocomplacencia.

Se hace necesario abrir a los españoles del Centro y de la Periferia prometedores campos de acción en que puedan encontrar sus propios y personales caminos para una PROGRESIVA Y COMUNITARIA INTEGRACIÓN. Para ello requieren un SUGESTIVO PROYECTO DE ACCIÓN EN COMÚN y no se nos ocurre mejor proyecto de acción en común que el que representa la PROYECCIÓN UNIVERSAL de nuestras capacidades de nación con un muy aceptable nivel de desarrollo y “cauces naturales” de comunicación con todo el mundo.

Ya entonces estaríamos los españoles, todos los españoles, comprometidos en una Acción Solidaria, no retórica y sí volcada hacia la solución de tantos y tantos problemas de elemental supervivencia de otras personas y de otros pueblos con iguales derechos que nosotros al disfrute de bienes y servicios. Y, desarrollada la potencialidad de nuestra Economía, alcanzaríamos nuevas cotas de Progreso por caminos de estricta racionalidad al tiempo que esa nuestra agonía recibe la sacudida de un nuevo impulso vital.

CORPORATIVISMO PARTICULARISTA DE JUECES Y POLÍTICOS

Está claro que el actual sistema electoral español COMPROMETE muy poco a los elegidos y no MOTIVA la vigilante participación de los electores: los elegidos

han sido elementos de un conjunto cuyo tirón principal depende del cabeza de lista en privilegiado uso de todos los medios y modos del Partido. A los electores no cabe otra opción que el “corporativismo” en torno al líder o a la imagen que se han hecho de la “ideología” en uso.

Cuentan muy poco los comportamientos y las IDEAS. Menos aún los programas que, en el decir de Tierno Galván, *el Viejo Profesor*, “se elaboran para no ser cumplidos”.

REALISMO OBLIGA: frente al romántico o interesado respaldo a viejas ideologías condenadas por la Historia (cualquier forma de colectivismo o de individualismo insolidario), o al comportamiento de tal o cual “líder abusón” se impone una comprometida reflexión sobre la escala de valores que constituyen el meollo de la Ley Natural y la base de la Doctrina del Trabajo Solidario (algunos lo llaman Amor): Apasionado empeño por el Progreso (Evolución Creadora), la Vida y la Libertad.

Ahí se alimenta una DEMOCRACIA siempre viva y generadora de abundantes oportunidades en el marco de lo que hemos llamado “Economía de la Reciprocidad” y que consiste en tomar de la Sociedad no más de lo que a ella se aporta, aceptar como mal menor rentabilidades y otras “motivaciones capitalistas”, integrarse positivamente en la solución de los concretos problemas de desabastecimiento o derroche de energías de personas y grupos sociales...

Ojalá que, a partir de esa reflexión, cobre consistencia un posible CONTROL POPULAR DE GESTIÓN POLÍTICA; pero nunca será en la medida que requiere nuestra especial circunstancia: colocados en una especie de fatalista rutina, seguirá habiendo un gran número de ciudadanos incapaces de reaccionar ante evidentes caprichos y veleidades...

El Sistema Electoral español ha hecho una profesión de la función política: el político en ejercicio, a nada que las urnas le sean propicias, podrá vivir toda su vida de los presupuestos del Estado. Como miembro de la “cúpula del Partido”, como “liberado” o como privilegiado integrante de una lista cerrada..., una buena parte de los políticos españoles continuarán siéndolo durante muchos años, a menos que jueguen a ser díscolos, incurran en publicitada corrupción o decidan ser fieles a personales ideas que no encajan con la estricta ortodoxia del Partido.

Tal situación no es del todo imputable a cuantos, en cómodo posicionamiento personal, defienden sus “modus vivendi”; tampoco lo es a los electores a quienes se les da el camino rigurosamente trazado. Lo es, en buen grado, a cuantos idearon el sistema del “Todo o nada”. Podría suceder que el candidato respondiera directamente del uso o abuso de la confianza que logró de sus electores: bastaría que fuera él (no el partido o el líder) el que se comprometiera a tal o cual forma de actuar hasta el momento de rendir cuentas: así se hace en otras sociedades de probada solera democrática: ¿Es tan difícil aplicarlo a nuestro caso?

Poco o nada se puede hacer a favor de la introducción y desarrollo del CONTROL POPULAR DE GESTIÓN si, volviendo atrás lo necesario, no se REVITALIZAN los modos de participación ciudadana y, en consecuencia, se ennoblece el ejercicio de la Política.

En Democracia, no es admisible identificar el ejercicio del poder político con una prebenda vitalicia (en lugar de una vocación y dedicación al servicio del Bien Común): en puridad, el voto de los ciudadanos no es más que la muestra de una TEMPORAL, RENOVABLE Y COMPROMETIDA UNA PRUEBA DE CONFIANZA, a la que el beneficiado, por imperativo moral, debe respon-

der con dedicación u renuncia según el carácter de su posterior actividad.

Por eso, los políticos están obligados a no refugiarse en el anonimato para mantener sus prebendas; tampoco podrán neutralizar el servicio complementario que hacen a la Sociedad los otros poderes, muy especialmente, el Poder Judicial; en consecuencia, la llamada inmunidad parlamentaria debería convertirse en un instrumento de mayor responsabilización: cualquier abuso o delito implicará el agravante que introduce un mal uso de privilegios o prerrogativas.

La experiencia nos ha obligado a detectar otras profundas lagunas en el Sistema Electoral Español: a título de ejemplo, recordamos cómo no es de recibo el hecho de que un liberticida se presente como servidor de la libertad (que otra cosa no es la función política): si para el ejercicio de cualquier trabajo o función se tiene en cuenta la trayectoria del candidato que, incluso antes de ser aceptado, se compromete a respetar las “reglas del juego” del organismo o empresa que le contrata... ¿por qué se mantiene una palmaria excepción para todos los candidatos a cualquier elegible cargo público? Al respecto pensamos que el acatamiento a nuestra Ley de Leyes, la Constitución, habría de ser el paso previo a la presentación como candidato; tanto mejor si, en el ordenamiento jurídico, se incluye como muy grave la figura de perjurio por parte de los elegidos.

Poco se puede hacer cuando los privilegiados mantienen las riendas del poder apoltronados en sus privilegios: ¿qué decir sobre la patente de corso en que ha derivado eso que se llama inmunidad parlamentaria? ¿o sobre el descarado falseo de los hechos delictivos frente a la opinión pública? ¿sobre el cinismo o doble lenguaje de los principales responsables? ¿y sobre la justificación

del delito en función de sus actores? ¿O sobre las arbitrariedades y demoras en la formulación y aplicación de las leyes?

Compromiso personal con la Verdad, valor y generosidad, mucho valor y más generosidad.

VIII. CRIMINALES PROXENETAS DE LA LIBERTAD

Sin duda que el Terrorismo, crasa inmoralidad se mire por donde se mire, es la más vergonzante tiranía que puede sufrir una sociedad democrática.

Las “ideológicas” AMBIGÜEDADES FRENTE AL TERRORISMO condenan a los políticos que las alientan.

En nuestra época, el uso de máquinas de matar está prácticamente al alcance de cualquier desalmado. Siempre ha habido, hay y siempre habrá criminales de hecho o en potencia.

Una elemental moral objetiva niega cualquier justificación a un comportamiento criminalmente avasallador, máxime cuando resulta torpe ingenuidad conceder crédito a la supuesta intención redentora de un terrorista: tras una pistola empuñada por el terrorista de cualquier obsesión o color no hay el mínimo trazo no ya de justicia sino de simple humanidad: hay una sucia acción de mercenario sin escrúpulos, oportunismo criminal remunerado por gentes aun más torpes y criminales, cobardía de la peor ralea, deliberado agazapamiento tras el terror: cualquier teórico valor se traduce en basura

ante el propósito de imponerse por la contundencia de una máquina de matar manejada por un individuo que se refocila en su propia miseria moral.

Ahí no caben ambiguas interpretaciones: matar es lisa y llanamente matar, extorsionar no admite otra interpretación que la de extorsionar, robar es robar, envilecer es envilecer.

La historia no recuerda a un solo terrorista que, en ocasión de poder, no se haya mostrado como ya realmente era cuando mataba rastreramente: el peor de los tiranos. Es algo a tener en cuenta a la hora de tratar cualquier forma de terrorismo.

Encontramos sobradas razones para reconocer que la principal motivación (o, tal vez, la única) de un terrorista es la de vivir a costa de la vida y bienes de los demás: el terrorista mata, roba, extorsiona, secuestra o envilece porque cobra por ello o ha hecho de ello su medio de vida. Y miente cuando se respalda tras cualquier ideal o crítica de una situación.

Mienten también, y ello está sobradamente demostrado, quienes, en uso de una normal capacidad de raciocinio, manifiestan encontrar una mínima razón o justificación a tales comportamientos.

Por su parte, son igualmente mentirosos, cobardes o torpemente ingenuos aquellos que proclaman que una ocasional contemporización con el crimen (lo que, llanamente, se llama templar gaitas) servirá para algo más que para facilitar ocasión y medios con que los criminales de hecho o en potencia vuelvan por sus fueros más fuertes y enardecidos que antes.

Todo ello cuando demostrado está que la eficacia policial acompañada por una pertinente aplicación de precisas leyes es el mejor medio de que dispone la Sociedad

Democrática para neutralizar la acción criminal más cobarde, mejor “remunerada” y más publicitada.

Confieso que no daré mi voto al político que, sea por atavismo histórico o por cualquier otra inconfesable razón, encuentra la mínima justificación social o política en el monstruo terrorista; un político honrado y cabal no puede dejar de considerar al terrorismo como un foco de pura y simple criminalidad y, consecuentemente y sin retruécanos ni reservas) ha ver vea como implicados en delitos de lesa humanidad a cómplices, encubridores y panegiristas de los mercenarios terroristas de cualquier obsesión, color o estilo.

IX. PERSISTENTE Y FECUNDA AGONÍA

“Es falso suponer que la unidad nacional se funda en la unidad de sangre”, decía Ortega y Gasset en 1922. Tampoco se funda en la unidad de idioma, ni siquiera en la geográfica definición de fronteras.

La unidad nacional es el resultado de un largo y a veces dramático proceso de “totalización” personalizante: cada parte de eso que se va haciendo todo es más ella misma cuanto más ha participado en la consolidación de lo comunitario, un mosaico de variadas formas y colores, cada cual con su particular resalte, ubicación y complementariedad.

Desde la perspectiva de lo obvio, sigue diciendo Ortega: “Los grupos que integran un Estado viven juntos para algo: son una comunidad de propósitos, de anhelos, de grandes utilidades. No conviven por estar juntos, sino para hacer juntos algo”.

Ese algo que hacer no es, por supuesto, servir de simple caja de resonancia al Poder público: “Desde hace mucho tiempo, mucho, siglos, pretende el Poder público que los españoles existamos no más que

para él se dé el gusto de existir”, se lamenta el propio Ortega. “Como el pretexto, sigue diciendo, es excesivamente menguado, España se va deshaciendo, deshaciendo...”

En esa agonía de la España, que sigue teniendo voz propia en el concierto de naciones, no es lo más disgregador el particularismo por cuestión de idioma, “Rh” o “barreras naturales”: es, con mucho, la falta de un “sugestivo proyecto en común” que debiera ser perfilado y desarrollado por el Poder Público “Central”. Es el particularismo de éste el que, a la par que alimenta los particularismos centrifugos, es incapaz de señalar norte alguno mientras se regodea en el abúlico disfrute del momento, a costa de todos los españoles, claro está.

Claro que la difícil forja de la Democracia ha unido muchas voluntades y esfuerzos: se rompió con lo “atado y bien atado” y se rindió un justo tributo a la Solidaridad. Ello no era más que el principio o punto de partida para lo que debe de ser un Progreso continuado por caminos de Libertad.

Claro que ha habido y hay Libertad; y, también, Solidaridad en los momentos difíciles... pero el acechante y persistente particularismo ha copado una buena parte de las esferas del poder y cabe pensar que se ha marcado como objetivo principal el “mantenerlo y no enmendarlo”.

Mientras tanto se descuidan cosas tan perentorias como la de abrir mercados, compenetrarse con las exigencias de la Realidad diaria, incentivar la creación de empresas, actualizar medios y modos de producción, cortar de forma efectiva la sangría del desempleo, situar a la valiosa pluralidad lingüística en su justa dimensión (sin incurrir, por supuesto, en la discriminación del idio-

ma común o en la “gilipollez” de establecer traducción simultánea para el diálogo entre españoles).

La “vertebración” resulta tanto más fácil cuanto más las energías nacionales encuentren proyección universal: si “la idea de grandes cosas por hacer engendra la unificación nacional”, otra vez Ortega, “solo una acertada política internacional, política de magnas empresas, hace posible una fecunda política interior”.

“Juntos para hacer algo”, pero ¿QUÉ? ¿No podría ser romper de alguna manera la barrera de privilegios con que intenta protegerse la “Sociedad Opulenta”? ¿Acaso no se ha evidenciado ya que ese cerril posicionamiento de los ricos constituye un serio peligro para la continuidad de su riqueza? ¿Es tan difícil reconocer que un “progreso económico continuado” depende en gran medida de la preocupación por ampliar el círculo de potenciales clientes, tanto más solventes cuanto más participen en la tarea común de humanizar recursos y energías?

¿Por qué nuestra política internacional es tan corta de miras y tan supeditada a lo que se cuece en los más elitistas y centrípetos foros? ¿Dónde está nuestro viejo afán de personalización (ser lo que podemos ser) a base de proyectar hacia el exterior lo mejor de nosotros mismos?

No es tiempo de confrontaciones o retóricas de distracción: es tiempo de mirar hacia fuera para ver lo que podemos hacer dentro. A todos los niveles, claro está: desde la propia casa a la aldea, de ésta a la Comunidad en que nos toca vivir, de aquí hacia todos los rincones de España y, desde España y con todo lo bueno que podemos obtener de la Unión Europea, hacia cualquier lugar en que encuentre positivo eco lo que tenemos, hacemos o proyectamos con preferencia, claro está, para los hermanos de sangre y cultura.

Desde lo concreto y siempre con la mira puesta en la proyección universal de bienes y energías, hemos de reconocerlo, se puede encontrar remedio a la agonía de esta España acosada por los particularismos: ya no será signo de distinción tal o cual acento o una paparruchera interpretación de un trasnochado incidente histórico: será, como en cualquier comunidad realmente progresista, el afán por descollar en generosidad o en “inteligente” proyección social y universal de lo que a cada uno distingue.

Es una remediable forma de agonía la de nuestra España y de nuestra Democracia: una y otra cuentan suficientes reservas de vida y de constructiva ilusión. Son los cauces de un desarrollo orientado hacia los que más lo necesitan el más realista y prometedor camino de Libertad y Progreso todo ello enmarcado en un sugestivo PROYECTO DE VIDA EN COMÚN.

CUARTA PARTE
LUZ, MAS LUZ

I. HOMBRES FELICES, PUEBLOS FELICES

Aristóteles sigue siendo indiscutible referencia del ser y del vivir dentro de lo que él consideraba un “*orden natural*”. Para él la persecución de la felicidad era el objetivo principal de la razón lo que es tanto como decir de la condición humana “*son de tres clases, nos dice, los bienes de que disfrutaban los seres felices: los bienes del alma, los del cuerpo y los exteriores*”.

“Nunca encontraremos un hombre feliz falto de valor, templanza, justicia ni prudencia. Todo aquel que desconfía hasta de las moscas en el aire; que se entrega a excesos en el beber y el comer; que, por el más vil interés, abuse de sus amigos; que se muestre caprichoso como un niño y furioso como un animal.

Por mucho que ello resulte evidente hemos de reconocer que, para ser feliz, una gran mayoría de personas consideran necesario contar con bastantes cosas más, incluso a pesar de reducir la virtud a su mínima expresión y se desesperan por superar a sus vecinos y amigos en riquezas, poderío, consideración social y otras nimiedades. Para saber a qué atenerse basta tener en cuenta la

propia experiencia. Vemos que no es por medio de los bienes exteriores como se conserva la virtud y sí por la virtud (saber vivir dentro del orden natural) cómo se adquieren y conservan los bienes exteriores; y que, en comparación con los que cifran la felicidad bien sea en el placer, bien sea en la virtud o en ambas, aventajan a éstos los que son lo suficientemente inteligentes para practicar la virtud sin carecer de los bienes necesarios para una cómoda existencia y, por supuesto, a los que, sin desearlo, carecen de lo necesario en el orden material y, por lo mismo, no se sienten tentados a buscar el consuelo de los bienes espirituales.

Una mínima reflexión nos convence de que los bienes materiales no son más que instrumentos útiles si resultan proporcionados a su fin pero perjudiciales en cuanto abusamos de ellos, al igual que una herramienta que resulta inútil o peligrosa sino corresponde a las capacidades del operario que la maneja. Los bienes del alma, por el contrario, no solamente son nobles y conformes a razón sino que resultan también muy útiles: tanto más útiles cuanto más exceden a los que otros poseen...

....La felicidad es cosa distinta de la suerte; cierto que ésta puede favorecernos con multitud de bienes naturales; pero no es la suerte la que nos hace más justos o más prudentes.

De esos mismos principios depende la felicidad de un Estado. No puede considerarse feliz un Estado en ha desaparecido la honradez. Al igual que de un particular, no se puede esperar nada de un Estado que no practica la virtud ni la prudencia. El valor, la justicia y la prudencia tienen en los estados la misma influencia que en los ciudadanos particulares. Por lo mismo, serán más felices aquellos estamos que merezcan mayor reputación por el valor, justicia y prudencia en su gestión.

Hemos, pues, de reconocer que la mejor de las existencias posibles para ciudadanos y sus estados es aquella en que se goza de lo necesario para vivir en virtud, (lo que, en términos de nuestros días y desde la perspectiva de los valores cristianos, traducimos en libertad responsabilizante, armonía y prosperidad).

Para un mayor énfasis en la exposición de lo que nos parece un inigualable camino hacia la felicidad de personas y pueblos, nos hemos permitido repetir a un maestro del “vivir conforme a razón”, que eso fue Aristóteles, el “sabio estagirita”, a quien no cupo la suerte de conocer la doctrina y forma de vivir de todo un Hijo de Dios. Ello no obstante, Aristóteles brindó sólidos argumentos al Realismo Cristiano con una obra que tocó en profundidad todas las grandes cuestiones que preocupan a personas y pueblos.

II. EL DINERO COMO HERRAMIENTA DE PROGRESO

Del Dinero se ha dicho que es “Trabajo Cristalizado”, “sangre de que se alimenta el Capital”, “prostituido testigo de viejos abusos y tropelías”... pero es, también, una precisa y tentadora referencia para el propio desarrollo profesional y para el intercambio y distribución de los recursos que unos y otros apetecen o necesitan.

Es al Poder Político al que compete formular y desarrollar una estratégica orientación de voluntades de forma que, al amparo de la llamada “Libertad de Mercado” el DINERO, en lugar de mantenerse al páiro, alimentar descomprometidas aventuras o ser absorbido por una estéril y monstruosa burocracia, fluya por el río de las conveniencias sociales... ¿Sus medios? leyes, fiscalidad, información, roturación de nuevos mercados, ágil y eficiente política de precios, gallarda sintonización con la Realidad en los foros internacionales, austeridad en cuantos gastos no incidan en el mantenimiento y desarrollo de imprescindibles bienes y ser vicios...

Por obra y gracia de las necesidades sociales y merced a la estratégica precisión de la brújula fiscal, en una

Democracia volcada hacia la superación de los “desequilibrios sociales” la aplicación más segura y rentable del Dinero no puede ser otra que la que mantiene una progresiva sintonía con el necesario desarrollo de la Economía Productiva: No pueden faltar créditos a las iniciativas empresariales de probada viabilidad y directa incidencia en proporcionar medios de vida y prosperidad a todos los protagonistas y actores del proyecto mientras que el dinero que discurre por los campos de la especulación, la inhibición social y la aventura debe tropezar con unas dificultades que se traducirán en otras tantas facilidades para el Dinero “eficiente y creativo”.

Son principios cuya puesta en práctica por los promotores de Libertad depende, en gran medida, de tomar y considerar al Dinero como una de las insustituibles herramientas para encauzar acciones y preocupaciones hacia el pleno aprovechamiento de energías personales y recursos materiales de la Comunidad. El abaratamiento del crédito parece una tendencia natural de la actual economía española; aun así, la inversión especulativa juega con ventaja respecto a la inversión eficiente (ese que implica directa preocupación por crear o mantener puestos de trabajo).

En las manos del Poder Político está el cambiar de signo la situación: en escrupuloso respeto a las exigencias (que no leyes) del mercado monetario que impone un “realismo ocasional” a los Tipos de Interés, puede PRIMAR a los créditos aplicados a la creación de puestos de trabajo; obviamente la prima deberá ir en razón inversa del costo de cada puesto de trabajo a crear.

III. ENTRE EL OCIO Y EL TRABAJO

No es en absoluto vergonzante la PROFESIÓN de Empresario; tanto si es titular del Capital como si no, el genuino empresario se siente obligado a trabajar constante y disciplinadamente, codo con codo, con sus colaboradores, los otros trabajadores.

La Empresa nace y se desarrolla a partir de un proyecto de “acción en equipo”: el pionero del proyecto es un empresario empeñado en hacer realidad tanto una idea básica que responda a determinada demanda del Mercado como un compromiso de organización y gestión; le siguen uno o varios capitalistas (incluido, tal vez, el propio empresario) dispuestos a cubrir los gastos de preparación, infraestructura, despegue y mantenimiento; lo alimentan un conjunto más o menos grande de personas que habrán de responsabilizarse de la Producción, Administración, Venta...

Con frecuencia, el capitalista, que no es empresario, permanece en la sombra sin otra preocupación que la rentabilidad de “su dinero”; el empresario o capitalista en funciones de empresario, en muy distinto plano, está obli-

gado a organizar, motivar, controlar... continuamente y sin desmayo y, por supuesto, con las ideas muy claras sobre las particularidades, derechos y obligaciones de cuantos con él colaboran: un empresario, que no se sumerge en la realidad diaria (económica y, sobre todo, humana) de su empresa, deja de ser empresario para convertirse en parásito. Parásitos son muchos dueños de empresa que, preferentemente, cultivan lo que se llama darwinismo social, trampean cuanto pueden y ahogan sus inquietudes, en lujos, güisqui y prostitutas.

Promotores o parásitos de empresa, según y cómo, son los banqueros, brockers, jugadores de Bolsa y rentistas (entre los cuales cabe incluir los “accionistas anónimos”). Si, a nivel personal, son tan egoístas o generosos como cuantos no son ni banqueros, ni brokers, ni jugadores de Bolsa, ni rentistas... en corporación, que es como normalmente actúan, pierden cualquier norte que no sea un estricto “toma y daca” hasta derivar, irremediablemente y si las leyes y el Fisco no lo remedian, en la regresiva “Cultura del Pelotazo”.

El “tener dinero” no es un salvoconducto para el “círculo de los elegidos”, como pretendieran Calvino, Smith, Bastiat, etc., etc... para terminar en algunos españoles con nombre y apellidos, tanto más pobres cuanto más obsesionados han vivido y viven por amontonar las casas que no pueden habitar, las queridas en propiedad colectiva, los yates en que cultivan su aburrimiento, las corrupciones que les empequeñecen hasta el ridículo...

Hemos visto como la “selectiva” PROMOCIÓN DE ESPECULADORES y mentores del dinero fácil y socialmente estéril confluye ostensiblemente hacia cuantos “ven venir las cosas” puesto que gozan de “información privilegiada” y están en situación de alterar tal o cual foco de atracción crematística. Ello cuando, obviamente,

los recursos de una Nación deben ser encauzados hacia la cobertura de las necesidades de cuantos la integran.

Dicho esto y reconocido que, sin libertad, no es posible una mínima optimización de esos recursos, al Poder Político, administrador de tales recursos y garante que debe ser del ejercicio de esas libertades, compete neutralizar y no promocionar la especulación estéril, el acaparamiento abusivo y el despilfarro (criminal por que, normalmente, se alimenta de ahondar las perentorias necesidades de los más débiles).

IV. NECESARIA REACTIVACIÓN ECONÓMICA

Ninguna ley fiscal puede “castigar” el mantenimiento o creación de puestos de trabajo. Vemos que tal ocurre con determinados impuestos en los que el número de empleados representa un agente multiplicador del coeficiente básico. En este caso y puesto que se cuenta con otras muy objetivas referencias (superficie, ámbito comercial, carácter de la producción o servicio, máquinas...) el hecho de fijarse principalmente en el número de empleados resulta particularmente inapropiado. Sin duda que así lo han comprendido ya los legisladores; espere-mos que se establezcan las correcciones oportunas.

En esa línea de razonamiento cabe la posibilidad de que en impuestos, como el de Sociedades, se introduzca un “factor de compensación” en relación directa con el número de empleados en activo: a la “cuota líquida” podría aplicarse una progresiva reducción en relación inversa con el ratio Activo/Número de empleados según un elemental baremo de fácil entendimiento y aplicación. En contrapartida, tales reducciones podrían ser compensadas con paralelos incrementos cuando el referido

ratio supere un bien estudiado nivel: en la práctica, se tratará, simplemente de multiplicar la Cuota Líquida (provisional) por factores que podrían ir de 0,75 a 1,25 según las oportunas tablas incluidas en Ley.

Tales novedades legales no deben neutralizar las ya establecidas deducciones para promocionar el empleo estable o de “problemática aceptación” por parte del empresario (Contratos indefinidos, de jóvenes o mayores, etc., etc.).

A tenor de lo expuesto, se comprueba cómo el aparato fiscal puede traducirse en un aliciente más para el mantenimiento y creación de empleo: es algo que encaja con su “razón esencial”, el servicio a la Justicia Distributiva.

Obviamente, la mayor parte de los recursos de una Nación, deben ser encauzados hacia el desarrollo de toda su potencialidad con la mira puesta en la adecuada motivación de cuantos participan en el proceso productivo.

Dicho esto y reconocido que, sin libertad, no es posible una mínima optimización de esos recursos, al Poder Político, administrador de tales recursos y garante que debe ser del ejercicio de las libertades previas al compromiso social, compete neutralizar y no promocionar la especulación estéril, el acaparamiento abusivo y el despilfarro (criminal por que, normalmente, se alimenta de ahondar las perentorias necesidades de los más débiles). No es de recibo el que un Poder Político presente al dinero aventurero como más atrayente que el dinero aplicado a la multiplicación, transformación y distribución de bienes. A la hora de elaborar presupuestos, legislar, promocionar o establecer sistemas impositivos... debería mostrar claro trato preferente a la función de crear y no a la de acaparar, abusar o destruir.

Cierto que nuestra economía aun vive a la sombra del cínico “*ius utendi et abutendi*” del Derecho Romano

o Código Napoleón, ahora respaldado por lo que, impropia mente, se considera “determinante entramado mundial de la Economía”. Pero un buen previsor y leal administrador cual debe ser el poder político, para reconciliarse con el servicio al bien común, usará de las herramientas que tiene a mano para que, efectivamente, los canales, modos y medios de riqueza (títulos, fábricas, máquinas, infraestructuras, bienes consumibles o no consumibles y dinero) caminen orientados hacia la más social rentabilidad.

Puesto que puede alcanzar el preciso conocimiento de las más perentorias necesidades sociales y poderosos medios de acción como son el aparato fiscal, la reglamentación del crédito y el uso de no pocos alicientes para la inversión productiva, podrá ingeniárselas para que, por ejemplo, el dinero más rentable sea aquel que se aplique a la efectiva creación de riqueza y, por consiguiente, a la multiplicación de los puestos de trabajo, cuya principal y más directa consecuencia habrá de ser una más equitativa distribución de esos mismos recursos con el consiguiente positivo tirón sobre toda la economía nacional.

Desde esta óptica, es forzoso reconocer que no merece el aprobado un político que, desde el poder, poco o nada hace por promover la utilidad social del llamado Producto Interior Bruto. Claro que de este político poco se puede esperar si ese factor de acaparamiento e inflación que es el gasto público improductivo, más que ser reducido a su mínima expresión, se agiganta hasta alcanzar monstruosas dimensiones. Ese tal político, para cubrir sus torpezas de mal administrador suele acudir a lo que se llama emisión de deuda pública, recurso positivo cuando se aplica a la creación y mejoras de infraestructuras, fluidez del crédito, educación e investigación,

promoción de empleo... pero malévolamente trampa cuando su único objeto es cubrir la pervivencia e incremento de una costosísima y estéril burocracia.

V. LEYES, SALARIOS Y PRODUCTIVIDAD

Caballo de batalla de innumerables discursos y proclamas, una pretendida “moderación salarial” parece ser el principal objeto de atención de algunos políticos y de muchos seudoeconomistas siempre atentos a lo que llaman “leyes del mercado”: se ha llegado a tomar como dogma de fe el recurrido supuesto de que la causa de una recesión económica son los “des proporcionados costos salariales que colocan a un pueblo en inferioridad de condiciones respecto a sus competidores”. Es algo que podría tomarse como una nostálgica evocación de lo que se llamó la “ley de bronce de los salarios”.

La tan barajada “Ley de Bronce” de los salarios, fue una interesada extrapolación del abusivo proceder de unos pocos en determinado tiempo y lugar; se tradujo en aberración doctrinal y rémora para el progreso material (claro que sí) cuando se formuló como un “debe ser” al hilo de los instintos salvajes de un trasnochado capitalismo: “En todo género de trabajo debe acontecer y, de hecho, así acontece que el salario del obrero se limite a lo estrictamente necesario para procurarle la subsisten-

cia” es una proposición de Turgot (1766), en la que se hicieron fuertes “clásicos” como Riccardo, Stuart Mill y el propio Marx; fue bautizada como “Ley de Bronce” por Lassalle, socialista alemán contemporáneo de Marx.

¿Se llama hoy “moderación salarial” a lo que el tal Turgot y una buena parte de sus sucesores consideraron elemental necesidad de subsistencia para facilitar el desarrollo capitalista?

No es la ética o moral más elemental lo que ha puesto en solfa esa pretendida “ley”: el simple papel de “polivalente” consumidor convierte en pieza clave del despegue económico a cualquier ciudadano.

No es la masa salarial en sí el problema. Lo que realmente engendra desproporcionados costos e inflación: es la escasa o regresiva Productividad. Rompamos moldes de viejas discusiones y vayamos al grano: previa a la distribución es la producción; en consecuencia, centrémonos en las exigencias de una mayor y mejor producción.

Es cuando descubrimos que una PROYECTADA MEJOR DISTRIBUCIÓN se traduce en un INCREMENTO DE LA PRODUCTIVIDAD: una SUFICIENTE PRODUCTIVIDAD es requisito elemental de la Racionalidad Económica cuyo principal objetivo, repitémoslo una vez más, es el progresivo avance hacia el Pleno Empleo.

No es, pues, de “moderación salarial” de lo que hay que hablar: habrá de hacerse sobre reducción de “parasitarios gastos” (malas compras, envejecidos medios materiales, excesivo peso financiero, burocracia anquilosada, etc...) y sobre un “remunerado compromiso de participación en la Productividad”.

Múltiples y simples son las fórmulas efectivas y adaptables a cualquier circunstancia de modo, tiempo y lugar. Serán las mejores aquellas fórmulas que se tra-

duzcan en una directa retribución del esfuerzo en paralelo con una reducción de costos capaz de minimizar a la competencia.

El corsé de la rutina en la Normativa Laboral es otra rémora de la Productividad y, también, de eso que hemos llamado Libertad Responsabilizante. Claro ejemplo de ello es la rigidez en conceptos no tan banales como, a primera vista, pudiera creerse: la estricta referencia del tiempo de trabajo remunerado a meses o, cuando más, a días. En las negociaciones de cualquier convenio colectivo suele plantearse la reducción de la jornada laboral desde ópticas divergentes: como contrapartida de una posible subida salarial por parte de los empleadores o como discreto incremento adicional por parte de los empleados o sus representantes. Es una batalla que se repite año tras año, convenio tras convenio.

Respecto a la polémica sobre la reducción de jornada laboral existe un medio de obviar definitivamente la discusión: que, para cualquier categoría o modalidad de trabajo, todas las referencias a posibles aumentos vayan dirigidos a un exclusivo punto de mira: el salario hora.

Se trata de convertir al salario hora en “básica unidad de medida salarial” y que cada uno, superando viejas rutinas, haga sus cuentas a partir de él. Bastará que toda la normativa oficial margine los conceptos día y mes para referirse, exclusivamente, al salario hora; los respectivos mínimos y máximos vienen determinados por la simple operación de dividir las percepciones anteriores entre 8 si eran diarias o entre 176 si eran mensuales.

A partir de ahí será menos problemática la progresiva reducción de la jornada laboral oficial: dado el imparable avance en los medios materiales de producción, se podrá hablar de la reducción en una hora en el total de la semana en diez años sucesivos hasta llegar a las 30 ho-

ras semanales, lo que parece una imposición de los tiempos a caballo en la reforma radical de las herramientas y otros medios de producción.

Veamos cómo algo tan simple y de facilísima aplicación como es el SALARIO HORA abre múltiples caminos al entendimiento entre los agentes sociales y a la creación de Empleo.

Cara a nuevas contrataciones en trabajos industriales, de infraestructura, de hostelería, etc..., siempre con escrupuloso respeto a los derechos adquiridos o libertad de decisión de los trabajadores previamente contratados, podrá hablarse de jornadas de 4, 5, 6 o 7 horas a cubrir en diversos turnos.

De mutuo acuerdo entre las partes, estudiantes, amas de casa, empleados administrativos, veteranos trabajadores de cualquier estilo... podrán optar por una jornada a tenor de sus necesidades o forma de vida. En tales casos, las respectivas decisiones ni deben ir en contra de las exigencias de sus puestos de trabajo ni pueden significar merma alguna en derechos sobre pensiones, etc...

No pocos de los múltiples huecos, que se vayan produciendo, darán paso a nuevas contrataciones, éstas ya en la línea de esa apuntada elasticidad en horarios y duración de jornada.

Cuestiones tan asequibles como cambiar la referencia de los salarios y su incidencia tanto en una mayor productividad como en nuevas oportunidades de empleo nos invitan a reconocer que existen soluciones que, sin violentar para nada las "imposiciones del Mercado", no dependen de una compleja "Reestructuración Económica" o de una esperanzadora "Evolución de la Coyuntura": son simple consecuencia de libres decisiones en el marco de una normativa adaptada a las exigencias de nuestra época.

VI. REVULSIVA FINANCIACIÓN DE LA SEGURIDAD SOCIAL

Por lo que respecta a la Seguridad Social (objetivo principal que debe ser de la Justicia Distributiva), al Poder Político corresponde una doble obligación: garantizar el respeto a **TODOS LOS DERECHOS ADQUIRIDOS** y velar por una suficiente y “fluida” tesorería que represente el mínimo lastre para las empresas creadoras de empleo a la par que mantiene un liquidez suficiente para atender todos los pagos comprometidos.

Puede que la falta de equilibrio entre ingresos y gastos imponga graves dificultades al cumplimiento de esa doble obligación. Los profesionales del número fácil esgrimen tal eventualidad como argumento de peso para mantener las pensiones bajo niveles de miseria cuando no a presentar sucios trucos de selección o reducción; y, dado que, a pesar de sus timoratas recomendaciones, el problema no presenta visos de solución apuntan “paliativos” como la reducción de las prestaciones sociales o la introducción de nuevos impuestos que graven el consumo de productos de primera necesidad.

En ocasiones, el poder político se hace eco de tales recomendaciones y, sin alterar para nada la mecánica administrativa, penaliza la contratación de trabajadores con esporádicos incrementos de un punto o más en la recaudación por trabajador en activo o, en el extremo opuesto, se compromete a reducir las cotizaciones en uno o dos puntos; en tal caso, la diferencia de ingresos sería cubierta con un nuevo impuesto sobre la gasolina o los bienes de consumo en general (el IVA).

Obviamente, una reducción de ese calibre resulta inapreciable a la praxis empresarial, difícilmente incide en la directa creación de empleo al tiempo que las contrapartidas generan inflación y nuevas trabas a ese consumismo necesario para reactivar la producción. En las actuales circunstancias, tales medidas generan desempleo sin resolver los problemas de tesorería.

Se impone otro tipo de soluciones desde una premisa tan incuestionable como es el respeto a los derechos adquiridos y la progresiva cobertura de las necesidades de los más débiles. Parece elemental el tratar de evitar que la recaudación de fondos para la Seguridad Social no se convierta en un factor negativo para el mantenimiento y contratación de trabajadores; para ello, se han de considerar por separado los dos canales de financiación.

El canal procedente de los trabajadores deberá tener el exclusivo destino de sufragar los gastos de posibles enfermedades, parte substancial de las medicinas, intervenciones quirúrgicas y hospitalización; su cuantía actual es más que suficiente si, en la gestión, se suprimen todas las superficialidades burocráticas y se compara con la voluntaria cuota familiar por pertenecer a una mutualidad médica de “servicios plenos”.

El canal procedente de las empresas ha de ser tratado con “pragmática elasticidad”: NUNCA DEBERÁ TE-

NER RELACIÓN DIRECTA CON EL NUMERO DE EMPLEADOS, ni, por razones obvias, debe representar facilidad alguna para la insolidaridad.

Está claro que existen unas perentorias necesidades de ingresos, que éstos deben resultar suficientes para el fin que pretenden y que han de ser cubiertos según las más elementales reglas de la equidad. No es buena solución que, a través de impuestos como el IVA, dependan directamente del consumo lo que, injustamente, menguaría el poder adquisitivo de las economías más débiles.

Tanto la cobertura de prestaciones y gastos de gestión como lo que llamamos “elementales reglas de la equidad” resultan notoriamente difíciles de cumplimentar en las actuales circunstancias: un monstruoso y progresivo déficit y miles de hechos fraudulentos avalan tal constatación.

Por demás, insistimos, entorpece la creación de puestos de trabajo. Urge, pues, una substancial reestructuración del Sistema: desde premisas absolutamente realistas, dentro de las reglas de una rigurosa autofinanciación y con el claro objetivo de traducirlo en un aliciente más para la “involuntaria solidaridad” (la voluntaria solidaridad nace y se alimenta en la conciencia de las personas y, por lo mismo, pertenece a otro orden de cosas) en la tarea de multiplicar las oportunidades de empleo. No puede detenernos el que ello implique la ruptura de determinados esquemas anclados en una rutina que ha demostrado ser directa enemiga de la eficacia, de la economía y del progreso social.

Seguirá siendo responsabilidad de las empresas en activo la parte que actualmente les corresponde en la cobertura de los gastos del Sistema de Protección Social; pero no en razón directa con su Plantilla y sí con lo

que se puede considerar su POTENCIAL CIFRA DE ACTIVIDAD.

La “potencial cifra de actividad” no es un factor tan abstracto como a primera vista pudiera parecer: se sabe que viene determinado por el carácter de negocio, por el producto, por el margen porcentual sobre previsible facturación (según objetivos datos de Mercado y al margen de las “cuentas oficiales”), por la ubicación geográfica y por los respectivos medios materiales de producción, elementos perfectamente cuantificables, y, por lo tanto, traducibles a un coeficiente que habrá de servir de base para el reparto proporcional de las cargas, éstas claramente ex presadas en los Presupuestos Generales del Estado.

Afectaría a cualquier tipo de empresa: individual, familiar o colectiva; agrícola, ganadera, pesquera, industrial o de servicios. Podría ser objeto de revisión de año en año y habría de traducirse en cuotas mensuales, presumiblemente, inferiores para las empresas abundantes en capital humano; así debe ser si, en la determinación de los coeficientes, se sigue el criterio de primar la inversión eficiente en detrimento de la inversión especulativa o aventurera. Sin duda que el punto más delicado del Sistema que se propone viene representado por la determinación de las bases de cálculo y consecuente aplicación de unos coeficientes rigurosamente proporcionales a las respectivas capacidades y al grado de utilidad social: en ello habrán de participar, junto con el poder político, técnicos y delegados de los diversos “agentes económicos”; pero en tiempo record y con un arbitraje que neutralice la tendencia a estériles divagaciones.

Ya es de segundo orden el que, respetados los derechos adquiridos por los actuales pensionistas y por los que habrán de serlo en un período inferior a los diez años,

se arbitren nuevos baremos de reciprocidad con reducción de cuotas y contraprestaciones, entrada de los fondos de pensión, etc...

Dado el carácter de esta tan radical (y, muy seguramente, obligada) reestructuración, cabe pensar que las partes implica das muestren inequívoco interés por agilizar y optimizar su funcionamiento; las posibles e “interesadas” reticencias habrán de ser canalizadas por la pertinente ley orgánica.

Es una Ley Orgánica cuya oportunidad viene dictada, obvio es recordarlo, por la necesidad de contar con expeditivos marcos legales para evitar tanta culpable insolidaridad, tanta miseria y tanto imperdonable despilfarro de energías humanas, las mismas que resultan imprescindibles para cubrir la etapa de progreso que corresponde a las mujeres y hombres en situación de ejercer “hoy” su LIBERTAD RESPONSABILIZANTE.

Lo que se apunta implica, sin duda, una verdadera revolución en los procedimientos; pero, de hecho, no significa más que un realista intento de adaptación a las exigencias de los tiempos que, como no podía ser menos, coinciden con la preocupación por servir a la racionalidad económica.

VII. PROYECCIÓN UNIVERSAL DE BIENES Y SERVICIOS

En cualquier situación, no todo depende de la voluntad del ocasional protagonista. Pero sí que depende la opción por ésta o aquella otra alternativa cuyos efectos inciden en la marcha de su propia trayectoria vital y, que, de una forma u otra, altera los modos y medios de vida de sus prójimos y sucesores. Para el hombre no existe, pues, radical inoperancia o aislamiento lo que nos lleva a concluir que carece de sentido el desafortado individualismo: en mayor o menor grado, los otros dependen de mí al tiempo que yo dependo de ellos.

A superior escala tal sucede con los pueblos, cuya trayectoria histórica, obvio es reconocerlo, está entroncada en el porvenir de la Humanidad; en razón de ello, es de rigor tomar conciencia de que a cada ciudadano de un determinado pueblo cabe una parte de responsabilidad de lo bueno o malo que ese pueblo haga por el resto de la Humanidad. A los españoles afecta, pues, lo que España hace y deshace en el concierto de naciones.

Las insultantes diferencias entre las formas de vivir de los pueblos marcan una situación de agobiante es-

trangulamiento: entre las causas no es la menos determinante la escasísima capacidad de consumo de numerosas poblaciones cara a la gran variedad y cantidad de productos que puede proporcionar la industria moderna, de cuyo desarrollo, obvio es reconocerlo, viven los pueblos ocasionalmente opulentos.

Por demás, en esos pueblos, ocasionalmente opulentos, crece el número de parados y perviven amplias islas de pobreza, en que resulta difícil de imaginar otra demanda que no sea la de artículos de primera necesidad, no siempre presentes en los planes de las grandes industrias. ¿Qué hacer? ¿Frenar el Progreso? ¿Destruir stocks? ¿Incrementar artificialmente el número de parados? ¿Desarrollar nuevas políticas de avasallamiento? ¿Promover drásticas medidas malthusianas cuya ya actual y parcial aplicación cubre de vergüenza a tantos de los llamados progresistas? ¿Confiar a la suerte el destino de la Humanidad?

¿No será mejor algo más en consonancia con nuestra propia razón de ser y que fuerce el ejercicio de nuestra libertad responsabilizante mediante una “lógica proyección universal” de nuestras capacidades? En ese sentido mucho podemos hacer para que el inmenso poder de la Industria Moderna, en una buena parte, se aplique a resolver las carencias de muchos pueblos incluyendo, claro está, a los más pobres.

Alimentamos la creencia de que es ése un campo en que podrían resolverse gravísimos de los países más desarrollados.

Puesto que la Naturaleza es rica y sorprendente en recursos y la Ciencia abre poderosas vías de solución a cualquier carencia humana forzoso es reconocer que las soluciones dependen de la voluntad de las personas y,

también del desarrollo del “espíritu comunitario” en los pueblos.

No hay ninguna lógica en que sigan muriendo de hambre millones de personas, que se sucedan generaciones de escandaloso divorcio entre la Técnica y la prodigalidad de la Naturaleza, que crezca y crezca la estúpida infrautilización de energías humanas...

Es fácil ver una estrecha relación entre la amenazadora “recesión”, el problema del paro en los países más o menos industrializados y la cobertura de las necesidades de los países más pobres. Claro que se tropieza con el freno de la insolvencia a caballo de lo que se llama “deuda externa”, algo fabricado por la imprevisión, el capricho de tiranuelos y la codicia de unos y de otros pero que no puede constituir lastre alguno para el desarrollo de los pueblos: por supuesto que la única posibilidad de cobrar para un acreedor es que el deudor pueda pagar (entramos en la fatídica pescadilla que se muerde la cola). En consecuencia, la resolución de tal problema habrá de hacerse desde la perspectiva marshalliana que, en el caso de la Europa hundida por la Guerra, tanto o más benefició a los promotores que a los destinatarios: invertir para elevar a los necesitados al nivel de clientes.

En esa línea, vemos una acuciante y magnífica para la revitalización y desarrollo de España, una nación europea naturalmente ligada a África y con hermanos de sangre y de cultura en una buena parte del Mundo.

La tal nación europea (universal, más bien) está o debe estar en disponibilidad de aplicar a su industria, a su agricultura y a todo su caudal humano las enseñanzas de la Razón Vital. Esta tan nuestra razón vital reniega de elitismos farfulleros y tiende al cordialísimo compromiso entre el Hombre y la humanización de su “circunstancia” lo que implica el óptimo empleo de las herramien-

tas a su alcance (la poderosa moderna tecnología, entre otras).

No por otro camino encontrará justificación nuestro afán de protagonismo mundial. Claro que tal respuesta habrá de llegar por el camino de lo concreto. Será ese un camino empedrado de motivaciones para todos los potenciales productores (empresarios y asalariados), quienes, conscientemente o no, con más o menos afán de lucro (respetable si resulta espuela de la libertad responsabilizante), velarán por el “pan del prójimo”, lo cual, ya lo hemos dicho, debe ser aceptado como INELUDIBLE EXIGENCIA ESPIRITUAL

VIII. HACIA UN SUGESTIVO PROYECTO DE ACCIÓN EN COMÚN

Un razonado y realista PROGRAMA DE RECONSTRUCCIÓN ECONÓMICA puede animar el desarrollo de un “proyecto sugestivo de vida en común”, DOGMA NACIONAL, que proclamó Ortega. No estar juntos por que así lo determina la inercia de los tiempos: ESTAR JUNTOS PARA HACER JUNTOS ALGO, que ya hemos recordado.

España deja de progresar cuando falla el “director de orquesta” y cada “profesor” pretende destacar por su particular sentido de la armonía. Desentona, claro está, y su afán de exclusivismo o notoriedad no sirve más que para “romper la partitura”.

La sagrada libertad en el corazón, al principio, durante y al final del proyecto. Y vuelco hacia un más-ser no a costa de nadie o en contra de otras personas o pueblos y sí en perfecta sintonía con las exigencias de la Realidad.

Algo realizable, un proyecto incitador de voluntades “¿Para qué, con qué fin y bajo qué ideas ondeadas como

banderas incitantes?”. La unión se hace para lanzar la energía española a los cuatro vientos, para inundar el planeta de nuevas ideas y de nuevos modos de cubrir ancestrales necesidades.

En el éxito de las empresas una buena parte depende del sentido de la oportunidad: ¿qué mejor resquicio para el desarrollo que el romper tanta manía de manipulación por parte de los G7 y sus ocasionales portavoces el FMI y el Bundesbank, entre otros?

La Weltpolitik de los españoles pasa por un “ambicioso afán de personalización” sin atropellos de ningún estilo, con la explotación y puesta sobre el TAPETE UNIVERSAL de las más ricas peculiaridades... dentro de un claro objetivo unitario: esto último es la pieza fundamental del Proyecto de tal forma que, cuando falla, los buenos propósitos se desvanecen en pura retórica cuando no se traducen en retrógrado egocentrismo.

Sin duda que el seguimiento de la IDEA DE GRANDES COSAS POR HACER, que el empeño por cubrir las sucesivas etapas de ese más que necesario SUGESTIVO PROYECTO EN COMÚN... darán al traste con no pocos falaces argumentos que alimentan la peligrosa obsesión de ir cada uno por su lado.

¿Qué mejor “sugestivo proyecto en común” que el de volcar cuanto tenemos y valemos hacia la cobertura de tantas carencias de millones y millones de potenciales clientes nuestros en res peto a las “Leyes del Mercado” sí, pero no a tantas hipócritas consignas de los países más poderosos cuyo afán de colonialismo universal es tan evidente? Con evidente mayor generosidad ¿no se podría aminorar el cerco torpemente pactado con la Unión Europea y seguir el ejemplo de países cuya actividad económica no le hace remilgo alguno a cualquier posible proyección universal?

Por lo tanto, la Idea-fuerza de ese SUGESTIVO PROYECTO EN COMÚN puede y debe responder a la simultánea cobertura de dos acuciantes y dramáticas carencias: la de SUFICIENTE TRABAJO en España y la de SUFICIENTES RECURSOS vitales en tantos pueblos (al margen de los avatares políticos y en una línea de reciprocidad que, muy seguramente, no garantizan los G7 y sus más devotos satélites). Siempre, claro está, en progresiva aplicación de LIBERTAD RESPONSABILIZANTE.

Mucho se ha hablado y se ha escrito sobre la “irreversible marcha hacia el Progreso”. El Progreso en todas sus dimensiones es difícil de catalogar o definir: se vive y cobra fuerza cuando la libertad de cada uno se expresa en pocas palabras y en un trabajo solidario y consecuente con todas las posibilidades que brinda la Tierra y el momento en que se vive.

Es una Sociedad gravemente enferma aquella que es incapaz de ofrecer motivaciones al pleno desarrollo de la iniciativa personal de todos y cada uno de sus ciudadanos, sean estos ricos o pobres, empresarios o asalariados.

Para una Sociedad que aspira al progresivo desarrollo de sus posibilidades el pleno Empleo es una NATURAL EXIGENCIA. También es NATURAL EXIGENCIA el asumir responsabilidades en una “equilibrada disponibilidad de estímulos”.

Acaparar posibilidades y castrar a las diversas fuentes de estímulos es un grave atentado a la Libertad y, por lo mismo, enconado enemigo del Progreso. Acaparar o despilfarrar bienes privándoles de su jugo social es un tropelía que se traduce en una traba para la felicidad del propio inductor o protagonista (el poder político o los títulos de propiedad se legitiman y consolidan cuan-

do se proyectan hacia el perfeccionamiento, multiplicación y difusión de los bienes potencialmente asequibles a la mayoría). Consecuentemente, Progreso en vías de consolidación será aquel que, por caminos de libertad, incrementa las responsabilizaciones precisas para la necesaria multiplicación, mejor distribución y máxima proyección de los bienes naturales, lo que, por LEY NATURAL, se traduce en SUFICIENTES OPORTUNIDADES DE EMPLEO. Reniega, pues de su principal responsabilidad un Poder público que no se fija como esencial preocupación el total aprovechamiento de bienes y energías disponibles. Cuando ese Poder público asuma a conciencia su principal responsabilidad, el TRABAJO PARA TODOS resultará un ineludible OBJETIVO NACIONAL.

CONCLUSIÓN

**AGÓNICA, PERO VIVA Y MUY VIVA
AUNQUE INVERTEBRADA ESPAÑA**

España se mueve. Lo hace mejor y más deprisa cuando “trabaja en equipo”, cuando aplica toda la fuerza de la “libertad responsabilizante” de personas y pueblos en un vuelco generoso hacia otras personas y pueblos más necesitados que ella: se embarca así en la progresiva línea de HACERSE MAS desde sus propias raíces y en respuesta al desafío que presenta la obra inacabada de un mundo en el que sobran los idealismos y faltan soluciones concretas al hambre, al desempleo, a la desesperanza...

Lo que hoy parecen estertores de agonía de nuestra España podrían ser ramalazos de impaciencia por comprometerse en un proyecto de utilidad universal, aunque sea ello por pura necesidad de supervivencia. Va en ello su propia salud y la de su Democracia y, también la ilusionante posibilidad de que todas y cada una de sus partes o regiones tengan a orgullo presentarse como una de tantas expresiones de la España plural y universal-

zante sin otra obsesión que la de desempeñar su específico papel en el PUZZLE UNIVERSAL.

Para ello nada de apelaciones al inestable sentimiento o a pobrísimos subterfugios (la singularidad lingüística o el “carácter de nación”, por ejemplo) y sí a esa RAZÓN VITAL que da sentido a nuestra vida en común. Podemos ser y seremos españoles comprometidos con un “suggestivo proyecto de acción personal y comunitaria” incluso por puro egoísmo.

Los primeros y principales sucesivos pasos corresponden a los titulares del Poder Político en cuyas manos está, nada menos, que el “roturar y señalar” todos los posibles caminos para el desarrollo de toda la potencialidad de bienes y energías en uso de la LIBERTAD RESPONSABILIZANTE de personas y pueblos.

La viabilidad del PROYECTO exige otro enfoque del Gasto Público de forma que no falten medios materiales para abrir mercados, reestructurar modos y medios de producción, motivar a los participantes en la tarea común: también al Poder Político le corresponde la primera y principal responsabilidad en ello.

Dicho así y a la vista de la indiferencia con que ese Poder Político asiste a la agonía de nuestra España y de su Democracia (escribimos esto en octubre de 1994), cabrían pocas esperanzas de un “cambio de tendencia”. Será de otra forma si la LIBERTAD RESPONSABILIZANTE, a la que tan frecuentemente apelamos, inspira la mejor solución política en cada convocatoria electoral y, a renglón seguido, se agiliza la burocracia, se revisa la consistencia de las ataduras impuestas por el proteccionismo de los más poderosos, se rompen barreras de proyección comercial y, por lo mismo, se abren nuevos cauces a nuestro poder y saber hacer.

Claro que ello es posible, a pesar mismo de la demagogia mantenida y aumentada por los monopolizados medios de comunicación: El juicio crítico y la personalísima ansia de justificar el positivo valor del Voto... siguen siendo valiosísimos activos.

Observaréis que hemos excluido de nuestro catálogo de reflexiones y propuestas todo recurso a una presunta buena voluntad de la mayoría: aun recordamos el malhadado discurso de cierto ministro de la transición que, en lugar de soluciones concretas a gravísimos y acuciantes problemas económicos, se limitó a declarar: la cosa se arregla si, con buena voluntad, colaboramos todos (¿dónde está tu capacidad de impulsión y de organización?).

Ello no quiere decir que reneguemos de la buena voluntad como factor de progreso: sin duda alguna, es un bien imprescindible al desarrollo de la humanidad. Pero es un bien inestable y, ciertamente, oculto en la conciencia de las personas.

Para capitalizar ese bien social que es la BUENA VOLUNTAD el Poder Político, si es que escucha este rosario de reflexiones nuestras, no puede hacer más que facilitar su ejercicio; nunca lo tomará como sustitutivo del mínimo riguroso plan de acción.

Pero sí que el Poder Político debe prevenir los efectos de la mala voluntad: cuenta para ello con sus leyes y procedimientos. Y también con un caudal de estímulos neutralizantes.

Si la mala voluntad se alimenta de egoísmos y torpezas personales, lo que, al igual que la Buena Voluntad, se oculta o puede ocultar en el impenetrable refugio de la conciencia... vano intento es erradicarla definitivamente por decreto o por demagógico hilván de buenos deseos (eso pretendieron los utopistas con resulta-

dos harto conocidos): es la conversión el único y lento remedio.

La Ley y los estímulos neutralizantes de la evidente escasez de generosidad son las principales armas de la Acción Política. Centrada esa acción en la recuperación económica y subsiguiente creación de empleo, se podrán, fácilmente, “concretizar” tareas y etapas en la persecución del TRABAJO PARA TODOS, eso que no hemos dudado en proclamar específica imposición de la Ley Natural.

Reconocido como pieza clave en el puzzle universal, con capacidad para convertir en herramienta las virtualidades de su entorno material, con hambre de libertad... nuestro principal objeto de atención, el Hombre, se nos presenta desorientado y falto de estímulos.

Su norte es el bien de los demás al margen, incluso, de los dictados de su propia conciencia: será más IMPORTANTE (más persona) cuanto mayor proyección social alcancen sus virtualidades, sean de índole externa (dinero u otros medios materiales) o interna (modos de pensar o hacer). El más fácil camino a su alcance parte de su misma situación con la mira puesta en lo que puede hacer.

Ya al Poder Político, repetimos, le corresponde velar porque no falten los estímulos a cada persona para que cumpla un específico papel en la cobertura de un OBJETIVO GLOBAL.

En otras épocas los gobiernos contaban con “posibilidad de elección” a la hora de definir objetivos o propósitos: en la nuestra no hay otro más importante que el TRABAJO PARA TODOS EN UN PROYECTO DE ALCANCE UNIVERSAL: ese “sugestivo proyecto de acción en común” volcado hacia la justa concordancia entre toda nuestra capacidad de trabajo y la perentoria cobertura

de tantas y tantas necesidades de otros países no menos solventes que los más ricos y dispuestos a forjar compromisos en rigurosa línea de reciprocidad.

Por supuesto que UNA MAYOR UNIVERSALIZACIÓN DE NUESTROS RECURSOS es un objetivo nada fácil pero no por ello menos perentorio y, decididamente, muy capaz de infundir GANAS DE VIVIR A NUESTRA ESPAÑA Y A NUESTRA DEMOCRACIA.

Situados en lo Concreto, hemos apuntado propuestas (Soluciones de Emergencia, podrían llamarse) en consonancia con los condicionantes de nuestra Economía, los “derechos adquiridos” y lo que nos ha gustado llamar y repetimos LIBERTAD RESPONSABILIZANTE de todos y cada uno de los españoles.

Pero, a partir de éste como de otros parecidos discursos, lo que realmente cuenta es su incidencia en una positiva participación hermanada con la Realidad y ello tiene un punto de partida: El acierto en el voto y la subsiguiente acción política o gestión eficaz de nuestros delegados. No otra cosa puede producir una Democracia como la española.

Para el acierto en el voto es fundamental captar la parte de verdad que nace de reflexionar sobre la propia reflexión.

Madrid, septiembre de 2002